Historia de Teziutlán

Una exploración a través de 400 años

Manuel Rodríguez Lapuente


DIA DE LA 1a MISA E



Historia de Teziutlán

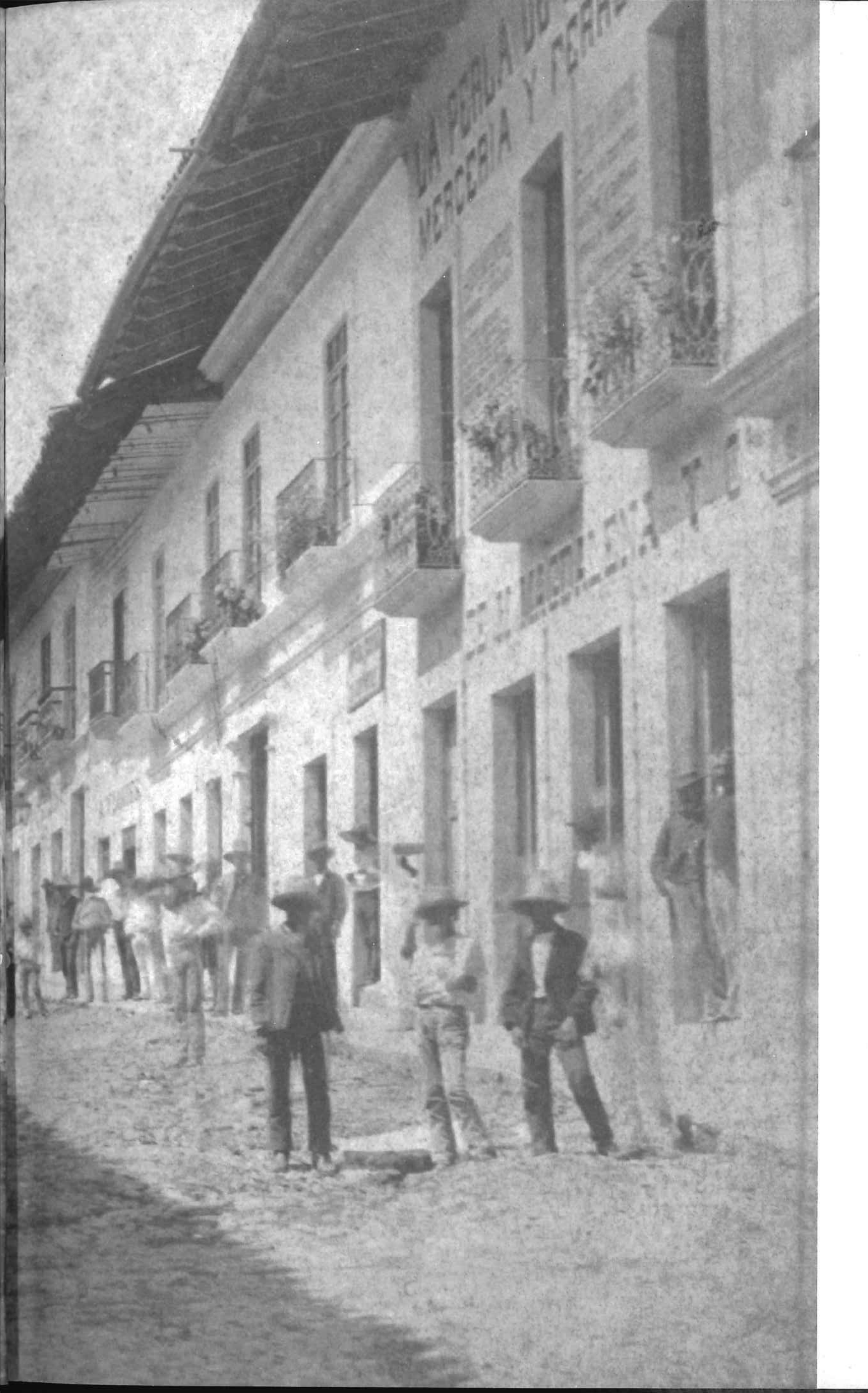
Una exploración a través de 400 años

Manuel Rodríguez Lapuente

Para Salvador
Acosta con mi
invariable amistad
Guadalajara, a
13 de Diciembre de
2007.



Documentación: Ma. del Carmen Rodríguez de Delon



"...el fenómeno de la globalización amenaza con imponernos una empobrecedora homogeneidad cultural si los pueblos no fortalecen su propia identidad y valores"

(Tünerman Bernheim, Carlos, asesor de la UNESCO, Revista *Iglu*, abril 14, 1979).

ÍNDICE

Prólogo

No podemos hablar de nuestra historia sin atrevernos a mirar para atrás, sin reconocernos en cada una de estas páginas, como si ellas adivinaran nuestra existencia en el tiempo. A lo largo de este libro, somos capaces de hilar nuestra aparición en estas tierras, que evocan quehaceres y personajes que, sin duda, tienen que ver con nosotros; que acompañan, lo sepamos o no, el andar de nuestros pies por estas tierras.

Estar cerca de quienes han formado lo que hoy encontramos y sentimos en Teziutlán, lo que ha sido esta parte de la Sierra Norte en 400 años, es sólo una posibilidad de encontrarnos ante ese imponderable de pasar, de pasar dejando huella.

Este texto anuncia, a veces sin querer, esas historias que por partes conocemos; las integra desde la visión histórica y las enriquece desde la visión humana. No podría ser este recuento sin esa dimensión humana, que nos acerca desde lo profundo y nos muestra con sencillez ese acontecer del tiempo y sus personajes por las faldas del cerro de Chignautla.

No puede suceder la historia de un lugar sin referentes escritos, con la intención, sólo, de no perderse en la memoria. Pasan los años, y con ellos, las vidas de muchas personas; los que nos vienen, tendrán de donde asirce para hecerse, tendrán de donde leer para escribir, tendrán de donde recordar para contar; tendrán incluso frescura para contar una historia que les pertenece.

En estas líneas encontramos, sin duda, esa posibilidad de sentirnos vulnerables, de necesitar nuestra historia para mitigar, en lo posible, nuestras ignorancias del pasado, que se convierten en faltantes claros del presente y serán pérdidas en el futuro. Hablar así del tiempo no es más que justificar y darle importancia al empeño de mostrar por escrito una historia.

Luisa Samaniego Lapuente



Para que sirve la Historia

La Historia sirve para saber quiénes somos.

Así como para saber quién es un individuo tenemos que conocer su biografía, para conocer una comunidad es indispensable conocer su historia, porque ésta es la que define sus características y la que puede explicarlas. El presente histórico es el resultado de su evolución a lo largo del tiempo.

Para ello, no basta con narrar los acontecimientos del pasado, es necesario también tratar de comprenderlos indagando las causas que los produjeron y los efectos que tuvieron.

Sin embargo tampoco es suficiente referir los hechos notables de la comunidad, tal vez sea más importante sea conocer la vida cotidiana de sus integrantes, su forma de trabajar —o de no hacerlo— sus costumbres domésticas y públicas, ideas y creencias, conflictos y luchas, su organización y sus instituciones, en fin, cómo han vivido.



Teziutlán, a lo largo del tiempo, ha experimentado múltiples y profundos cambios, pero éstos no han provocado una ruptura con el pasado, esta ciudad ha logrado mantener su continuidad hasta el presente. Por esto, para entender cabalmente la realidad actual es necesario recordar por qué y cómo nació, cómo se ha sostenido y cómo se ha venido transformando a lo largo de los cuatro siglos que en este libro exploramos.

Por lo demás, su historia reviste interés porque ilustra, por una parte, la de muchas otras poblaciones como ella pero, al mismo tiempo, presenta características que le dan una peculiar fisonomía.

Por otro lado, para poder comprenderla es necesario tener presente también el contexto nacional e, incluso, mundial dentro del cual se ha desarrollado.

En la segunda mitad del siglo pasado se inició un acelerado crecimiento basado en la industria maquiladora, que cambió profunda-

mente el aspecto y la vida de la ciudad. Con ello se inicia un nuevo capítulo que ya no puede cubrir esta historia. Pero por eso es conveniente observar cómo era la ciudad a mediados de la pasada centuria, es decir, antes de que esta gran transformación se iniciara; cuándo se cierra un capítulo y se abre otro nuevo.

Teziutlán a mediados del siglo XX

Hasta hace apenas unas tres décadas, Teziutlán constituía muy claramente un enclave formado por extranjeros y descendientes de ellos, ya sean criollos o mestizos, en medio de una población muy numerosa de indígenas de origen náhuatl, cuyo idioma hablaban, sin que muchos de ellos supieran el castellano.

Los barrios

Los indígenas no habitaban en lo que pudiéramos llamar el casco de la ciudad, salvo escasas excepciones —del mismo modo que era muy raro que una familia no indígena habitara en alguna propiedad fuera del pueblo— sino que se encontraban repartidos en los campos aledaños, agrupados en más de veinte barrios, la mayoría de los cuales sólo consistían en una modesta capilla, que nunca faltaba, y las chozas o jacales de sus habitantes, que se encontraban diseminados en los terrenos de los alrededores, divididos en pequeñísimas parcelas, denominadas solares.

Existían algunos casos, en los barrios más poblados, en los que en derredor de la iglesia se agrupaba un pequeño caserío, como es el caso de Mexcalcuautla, San Juan Xiutetelco, Chignautla, San Diego, San Juan Acateno, Xoloco, Chignaulingo, Ixtipan y algunos más.

En los solares cultivaban su maíz destinado al autoconsumo y si acaso, además, algunas verduras, o criaban gallinas y lo poco que les

sobraba lo iban a vender al pueblo los días de "mercado", o lo ofrecían casa por casa. Con estos mínimos ingresos adquirían algunos metros de manta para sus vestidos, algún utensilio u otra cosilla de poco valor. Pero esta población indígena no alcanzaba a constituir el mercado suficiente para sostener un comercio de cierta importancia en la ciudad.

Otro aspecto peculiar que merece mención, es que en esta zona, seguramente por lo quebrado del terreno que no permitía un aprovechamiento extensivo de la agricultura ni de la ganadería, no existían haciendas ni ranchos de magnitud importante. Sólo un poco más tarde se formaron algunos, pero siempre fueron una excepción y nunca alcanzaron extensiones considerables.

La autoridad tradicional en los barrios, independientemente de la que pudiera nombrar el Ayuntamiento, la constituían los "mayordomos", pero éstos tenían a su cargo solamente la tarea de organizar las fiestas religiosas que se celebraban cada año en honor del santo patrono del barrio. En algunos de ellos existían grupos de danzantes, ataviados con muy diversas y llamativas indumentarias, tales como "Los Negros", "Los Maringuillas", "Los Güegües", "Los Tocotines", "Los Santiagos" o "Los Matachines", que recitaban al son de la música y el baile los parlamentos trasmitidos oralmente de unas generaciones a otras, una especie de obra dramática que versaba generalmente sobre la conquista de México, en la que nunca faltaba el Señor Santiago en su caballo de palo y los "judas" con máscaras de demonios que espantaban a los chiquillos con un látigo. Los danzantes eran incansables y el baile se prolongaba por muchas horas. En la fiesta titular de la parroquia, las danzas alegraban al pueblo. Los parlamentos recitados habían sido enseñados por los misioneros, que aprovecharon las danzas autóctonas, aquí, igual que en mu-

chas otras partes, como un medio para el adoctrinamiento de los naturales. Estas danzas tradicionales no tienen nada que ver con esos grupos que han surgido últimamente de danzantes disfrazados de aztecas carentes de toda autenticidad.

Las fiestas indígenas

En los barrios, igual que en el pueblo, la Navidad se iniciaba con las posadas, y después de ella seguían los "acostorios" del Niño Dios y las pastorelas, con niños vestidos de ángeles con alas de papel celofán y, entre el 6 de enero y el día de la Candelaria, el 2 de febrero, se realizaban los "levantorios" para los que se esmeraban en confeccionar preciosos trajes para el Niño. De este modo las fiestas se prolongaban por casi dos meses.

En el Día de los Muertos se veía a la entrada de sus casas los caminos de flor de cempuaxuchitl que debía conducir a las almas de los fieles difuntos hasta la ofrenda que colocaban adentro.

En cambio, las ceremonias de Semana Santa se realizaban solamente en la parroquia, por lo que acudían a ella los indígenas ocasionando una gran aglomeración.

Como es de suponerse, las fiestas religiosas celebradas a lo largo del año eran las que daban variedad y animación a la vida de las comunidades indígenas.

Mestizos, criollos y extranjeros

La cabecera estaba habitada, como hemos dicho, por criollos y mestizos, pero lo que llama la atención es que siendo un pueblo chico, tuviera una población cosmopolita. Debe tenerse en cuenta las dificultades económicas que en el siglo XIX padeció Europa, por el desempleo que trajo consigo la revolución industrial obligando a millones

de personas a emigrar hacia América. Así, entre los vecinos de la ciudad, además de los españoles, que constituían la mayoría de los extranjeros, había austríacos, como el Dr. Richter, llegado con la intervención francesa; italianos, como los hermanos Faraco, dueños de la ferretería "Roma", los Dommarco y los Altieri, comerciantes en diversos ramos; alemanes, como don Federico Kisner; franceses, como don Enrique Mayaudón, dueño de la farmacia "La Guadalupana"; norteamericanos como el dentista don Carlos Minter; japoneses, como el señor Samuel Quan Quiu, propietarios de la perfumería "La Bella Japonesa" y un numeroso grupo de libaneses, entre ellos, don Simón Haddad, dueño de "La Estrella de Oriente", Julián Miguel, de "La Independencia", los señores Rumilla y algunos más. Casi todos los libaneses se dedicaban a la venta de ropa y conviene tenerlos en cuenta, porque de la venta de ropa, algunos pasaron a la confección y constituyeron el núcleo que habría de dar origen a la industria maquiladora. Todos estos extranjeros, originarios del Cercano Oriente, habían dejado su patria por razones semejantes a las de los europeos.

Las relaciones sociales

Pero en la vida cotidiana no se hacía ninguna distinción entre nacionales y extranjeros. A diferencia de los españoles que casi siempre llegaban solteros, los demás venían generalmente con su familia, en todo caso era normal el matrimonio entre nacionales y extranjeros.

Por lo que hace a las distintas clases sociales, si en cualquier parte es difícil precisar a cuál estrato pertenece cada quién, en una población pequeña esto lo es mucho más. La diferencia de fortuna se advertía principalmente en la casa habitación o en la forma de vestir, pero no tanto en las relaciones sociales que se establecían sin que importara la clase social. En este sentido, existía una cierta diferencia

entre los vecinos del centro, que tenían sus casas en torno a la iglesia y los del barrio alto —esta vez se emplea la palabra barrio en el sentido de una zona de la ciudad— llamado también el barrio de San Rafael, por la capilla que ahí existe dedicada a este arcángel, porque se suponía que eran vecinos de menor categoría.

En cambio, las relaciones entre el grupo urbano y los indígenas de los alrededores eran prácticamente inexistentes y se reducían casi exclusivamente al trato comercial entre merchantes u, ocasionalmente, a alguna ayuda que aquéllos pudieran prestarles. Pero si bien es cierto que poca era la atención que éstos les prestaban, también lo es que no se daba aquí la explotación de la mano de obra indígena, como ocurría —y sigue ocurriendo— en otras regiones del país.

Los primeros tiempos

Como lo demuestran algunas pequeñas ruinas y otros vestigios prehispánicos que se encuentran en ciertos sitios de la zona, como las pirámides de San Juan Xiutetelco, por ejemplo, esta región se encontraba habitada desde tiempos muy remotos y cuando llegaron los españoles poseía una población muy nutrida para su tiempo.

La fundación

La zona comprendida entre las playas de Veracruz y el Valle de México, en la cual se encuentra Teziutlán, fue la mejor explorada y conocida por los conquistadores desde su llegada. Ya en su primer viaje hacia Tenochtitlan, en 1519, Hernán Cortés conforme avanzaba fue enviando partidas de soldados para que reconocieran la región y él mismo pasó cerca de estos lugares, probablemente por Chignautla, donde salieron a su encuentro algunos indios de Mexcalcuautla que "con el debido cumplimiento llegaron ante el señor marqués

don Fernando Cortés", como dice el acta de fundación de Teziutlán.

Por algunas alusiones que se hacen en este mismo documento, se cree que en los años subsiguientes se mantuvo el contacto entre los indígenas de esta región, que pertenecían a los señoríos de Tlaxcala, y las autoridades españolas.

Consumada la conquista, sorprende la rapidez con que el gobierno colonial inició los trabajos de ordenación de los territorios ocupados y fue estableciendo las instituciones necesarias para el gobierno y evangelización de los naturales. Por el conocimiento que ya tenían de la región en la que ahora se asienta Teziutlán, sabían las autoridades españolas que estaba habitada por varias comunidades de indios, por lo que resolvieron constituir en ella una "provincia" y fundar un centro para asiento de su gobierno y una "doctrina" para su catequización.

Pero además, este lugar se encontraba en un sitio estratégico, sobre el camino que seguían los indios para comunicar al centro del país, más específicamente Tlaxcala, con la zona totonaca, en la región costera.

Por ello, el 26 de mayo de 1551, el segundo virrey de la Nueva España, don Luis de Velasco, trasmitió al Juez Visitador General, don Diego Ramírez y Mendoza, una real orden dada por el emperador Carlos V un año antes, para visitar los pueblos "que hay entre esta ciudad y la de Veracruz y las provincias del Pánuco". En cumplimiento de ella se dirigió a esta zona para "renovar nuevamente la visita del Sr. marqués don Fernando Cortés, para hacer las participaciones de estos pueblos", como él mismo dice en el acta de fundación que levantó. Le acompañaban fray Agustín De Bonald,[1] los alcaldes mayores de Jalapa y San Juan de los Llanos, que eran las provincias vecinas, y otros personajes.

[1] Folleto del Prof. Roberto Rico Castillo; sin lugar ni fecha.

El Juez Visitador recibió de los caciques de Mexcalcuautla, don Martín y don Miguel de Rojas un rico presente compuesto por "... un rosario de oro, una flor de mano, un ramillete de oro, un Morrión Matizado de oro y plata, un gabán de bordado de oro y plata, un freno de oro y plata, un pretar bordado de oro y plata..."[2] Por estos obsequios puede verse que los moradores de aquellas tierras no eran indios miserables, pero, además, que comerciaban ya con algunas poblaciones españolas, pues no es posible pensar que ellos hubieran elaborado artículos como el rosario, el gabán o el freno.

Durante algunos días el Juez Visitador recorrió la zona para "hacer las participaciones de tierras de este Pueblo de Mexcalcuautla y el nuevo Pueblo de Tteziuhyo Tlepetlzintlán y el Barrio de Tepetzintlán Paquiloyan y Xochittle Ttlelco Atlazconco por todo lo que han hecho del Sr. marqués Dn. Fernando Cortés y el Rey Ns. les hace esta merced y donación para que las gocen y hagan y deshagan en las tierras que se les señalan..." y el viernes 15 de marzo de 1552 se procedió a realizar la solemne ceremonia de fundación del nuevo asentamiento.

Para tal efecto, convocó al gobernador don Miguel de Santiago y al alcalde don Pablo Ximénez, del "Pueblo viejo de Mexcalcuautla y cabecera de estos feligreses de los demás barrios fundadores de este nuevo Pueblo", así como a los caciques o gobernadores de otros barrios como Chignautla, Xiutetelco y seguramente otros de menor importancia. Los convocados fueron advertidos de que "... el que no obedeciere esta orden que le doy al gobernador don Miguel de Santiago de llamarlos, serán castigados con el mayor rigor que mandan las leyes..."

Iniciando su función como centro evangelizador, en la ceremonia de fundación fueron bautizados los indios asistentes, salvo los

[2] Los datos para la fundación de Teziutlán han sido tomados del fragmento del acta respectiva publicada por don Luis Audirac en su libro *Teziutlán. Apuntes geográfico-históricos*, y el artículo de don José Ricardo Moreno Melgaza, "Documentos inéditos sobre la Parroquia de Teziutlán, Pue." En el No. 2 de la revista *Ayauahcalli (Casa de Niebla)*, de enero, febrero y marzo de 1969.

chignautecos, que se resistieron; hasta que al cabo de tres días, cedieron ante los ruegos de don Miguel de Santiago.

El 22 del mismo mes y año otorgó el Visitador sus títulos de propiedad "...al pueblo viejo de Mexcalcuautla". Y tres años después, en 1555, recibió Teziutlán de la Corona una "merced" de tierras.[3]

Las propiedades indígenas

Cabe advertir que los reyes habían ordenado a los conquistadores y colonos que respetaran las propiedades de los indios —orden que, desde luego, no siempre obedecieron—, pero las tierras que no tuvieran dueño eran propiedad de la Corona. Éstas eran las llamadas tierras de "realengo" y de ellas hacían "merced", es decir, favor, tanto a los españoles como a algunos indígenas. Sin embargo, en la práctica distinguir entre las propiedades de los indios y las de la Corona era poco menos que imposible, puesto que los indígenas carecían de títulos de propiedad —sólo en muy contados casos poseían mapas de sus posesiones— de ahí que se "mercedaran" frecuentemente propiedades de las comunidades indígenas, como vemos que ocurrió en el caso que nos ocupa, en que se mercedaron propiedades de las comunidades que ocupaban ese territorio. Así se inició el enorme desorden agrario que ha llegado hasta nuestros días, ahora con las tierras ejidales.

Esto explica, a su vez, la necesidad de las "confirmaciones" de propiedades que en ocasiones enredaban todavía más los problemas. Sin embargo, en la zona de Teziutlán, no se han presentado graves conflictos agrarios ya que por lo accidentado del terreno nunca se han formado grandes propiedades.

[3] Acta de fundación.

El lugar

El lugar elegido para asentar el nuevo establecimiento fue el que se conocía con el nombre de Teziuhyotetzintlan, el cual se supone es el que actualmente ocupa la Plaza principal. El acta de fundación dice que el Juez Visitador pidió al gobernador y al alcalde de Mexcalcuautla "Señalaren en el plano de Tlezinhyo Ixanpa la edificación del templo y colocar al Sto. Patrón Señor San Miguel."

Seguramente, la única razón para escoger este sitio fue que se encontraba relativamente equidistante de las comunidades que se querían atender desde él. Pero, aunque estratégicamente situado y con agua abundante de varios arroyos, por su topografía no pudieron escoger peor lugar, lo que indica que nunca imaginaron que la modesta "doctrina" y lugar de paso, pudiera llegar a convertirse en una ciudad.

En efecto, el lugar elegido se encuentra donde terminan las planicies de Perote y San Juan de los Llanos y se precipita hacia la costa la vertiente de la Sierra Madre Oriental; sobre el espinazo de una de sus estribaciones, surcado de profundas barrancas y cubierto por extensos pinares. Al Poniente cierra el paisaje la sinuosa silueta del cerro de Chignautla.

Como dice un documento del siglo XVI, "Es tierra fría y húmeda y de muchas neblinas..." ya que participa del frío de las mesetas centrales del país y de la humedad de la costa, pues las masas de nubes que se forman en el Golfo de México chocan con la Sierra a la que envuelven en niebla y ahí descargan a lo largo de muchos días su fina llovizna, el eterno "chipi chipi".

Sin embargo, es un sitio estratégico, porque constituye la entrada natural a las tierras bajas de la costa.

En ese sentido, difícilmente pudieron encontrar un mejor lugar,

que no fuera un pequeño espacio relativamente plano, inclinado y limitado por barrancas, totalmente inadecuado, como decíamos, para establecer una población, más aún, como el tiempo lo ha venido a demostrar cabalmente, si se hubiera pensado en su posible crecimiento. Pero, además, contraviniendo abiertamente las minuciosas especificaciones dictadas en España —recogidas después en las Leyes de Indias— para la fundación de las villas o ciudades. La verdad es que quienes lo hicieron nunca pensaron en fundar una villa, ya no digamos una ciudad, sino solamente una pequeña aldea para cumplir los objetivos que antes indicábamos.

Los primeros vecinos*

Vale la pena señalar que los barrios deben haber constituido calpullis —o ejidos, en la actual terminología— en los que la tierra, aunque se explotaba individualmente, era propiedad colectiva, como lo eran los pastos y los bosques. Pero, con el tiempo desapareció la propiedad comunal, así como la organización social que le era propia, y no se puede atribuir tal desaparición al despojo de sus tierras, como ocurrió en tantas otras partes, ya que en la actualidad los pobladores de los barrios conservan sus "solares" como propiedad individual.

Se hicieron cargo del gobierno de la nueva fundación el gobernador y el alcalde de Mexcalcuautla, porque "...quedan con el título de fundadores de esta nueva cabecera..." con facultades para nombrar gobernadores y alcaldes corregidores en los otros barrios, para que "vayan a cuidar y a celar en sus pueblos a que no se perturbe la ley de gracia y vivan santamente".

Puede notarse que coexistían —como en otras comunidades— las autoridades que respondían a la organización política española, con las autoridades propias de los indígenas a las que los conquista-

* Se han consultado, para este estudio, algunos documentos antiguos, de ellos, se actualizó la ortografía, en el momento de la transcripción, para una lectura más accesible.

dores llamaron caciques o señores naturales. Esto se puede advertir con toda claridad en el caso de Mexcalcuautla donde, como hemos visto, para ciertas funciones actúan Miguel de Santiago y Pablo Ximénez, como gobernador y alcalde respectivamente y, para otras, los Rojas, como señores naturales.

Poco después del acto fundacional se erigió en el lugar elegido una ermita dedicada a San Miguel Arcángel, designado, como hemos visto, patrono de aquella "doctrina" y se encargó su atención a los misioneros franciscanos. Éstos habían establecido años atrás un convento en Tepeaca, desde el cual salían los misioneros encargados de atender esta zona, visitando regularmente las iglesias y doctrinas que existían en ella. Ellos levantaron el primer templo en Atzalan en 1539; otro franciscano, fray Pedro del Toral, construyó en Xalacingo, en 1548, una capilla dedicada a San Francisco.[4]

Sin embargo, a pesar de lo escabroso del terreno, muy pronto vio aumentar notablemente su población, pues en 1555 la Corona concedió una merced de tierras a los caciques tlaxcaltecas Dn. Juan Gómez y Dn. Antonio Rojas, quienes llegaron acompañados de 300 peones y sus familias, quienes se asentaron en este lugar formando el poblado de Santa María de la Asunción, al que quedaron sujetos tanto en lo civil como en lo eclesiástico las comunidades de Mexcalcuautla, Chignautla y San Juan Acateno. No es de extrañar esta donación de tierras y la sede de las autoridades a los tlaxcaltecas, si se tiene en cuenta la alianza establecida con ellos por los españoles desde los días de la conquista.

Pero, según un documento de la época, a éstos vinieron a sumarse por lo conveniente del lugar para el comercio, otros vecinos tanto españoles como mestizos, pues hacia 1582, incluyendo los pueblos o barrios de su jurisdicción, la población cuenta con 303 familias de

[4] Datos históricos de la Santa Iglesia Catedral de Teziutlán. Sede episcopal de la Diócesis de Papantla. Por el obispo Sr. Luis Cabrera Cruz.

indios, 102 familias de españoles —teniendo en cuenta que según la legislación vigente se consideraba españoles también a los criollos—, 173 de mestizos y 75 de mulatos.

En Chignautla había 108 familias de indios, en Atoluca 47, en San Juan Simpaco —es decir, San Juan Acateno— 52 familias y en San Sebastián Petlatlán, 70 familias. Y más adelante agrega que en toda esta región hay 1,300 tributantes "poco más o menos" a los que hay que agregar 280 "viudos y viudas, viejos y mozos por casar", con lo que suman en total 1,580 vecinos "poco más o menos".

Según este mismo documento "esta jurisdicción, corta en su recinto y moderada en comercio, sólo produce cera, brea, purga, maíz, frijol y algunas frutas regionales, con cuyos frutos eficazmente se mantienen sus habitantes".[5]

Ante este rápido crecimiento de la población, se construyó una iglesia dedicada a Santa María de la Asunción que dependía de la parroquia de Tlatlauqui. Sin embargo, muy pronto, cuando todavía la administraban los franciscanos, fue elevada al rango de parroquia.

Los franciscanos, como es sabido, fueron traídos por Cortés a raíz de la conquista y se empeñaron en una gran obra misional para hacer de la Nueva España una provincia acorde con sus propias concepciones, escapando, en alguna medida a la autoridad de la Corona. Sin embargo, los reyes habían logrado de los papas Alejandro VI —Rodrigo Borgia— y sobre todo, Julio II, el denominado Regio Patronato Indiano, que los facultara para cobrar los diezmos y para designar a los obispos, lo que les daba un control casi total sobre la Iglesia en sus dominios. Por ello, desde antes de mediar el siglo XVI iniciaron la política de transferir al clero secular las parroquias administradas por franciscanos, dejando a éstos solamente las tierras de misiones. Así, hacia el año de 1570, la parroquia de Teziutlán

[5] Este documento lo transcribe don Luis Audirac en su libro ya citado, pero no indica en dónde se encuentra el original.

había ya pasado a la jurisdicción del obispado de Puebla, la cual designó como párroco al Pbro. Diego Gutiérrez.

Los siglos coloniales

Aunque la primitiva doctrina, muy pronto rebasó los límites originales con la llegada de otros colonos, sin embargo, así permaneció durante mucho tiempo, por la limitación de los recursos disponibles. Aunque había abundantes lluvias, lo quebrado del suelo limitaba mucho los terrenos susceptibles de cultivo, además de los métodos rudimentarios que empleaban para ello, ya que no se podía utilizar el arado. Por otra parte, como son tierras muy frágiles, una vez desmontadas, la lluvia pronto las erosiona.

No obstante, le favorecía su posición como entrada a la región de la costa y, por lo mismo, como punto de apoyo para el comercio entre ésta y el centro del país. Aunque este comercio en el siglo XVI fuera muy incipiente. "Desde entonces se comenzó a ocupar el puertecito de Nautla para transportar mercancías hacia Veracruz; y a través del río se conducía desde el puerto hasta El Pital, sal y pescado, para trasladarlo a Tlapacoyan, Teziutlán y Jalacingo, mientras de estos lugares se llevaba a Nautla para su embarque, harina, manteca, arroz, maíz, maderas, vainilla, tabaco, carbón y plátano, como productos de mayor importancia".[6]

A pesar de ello su crecimiento fue muy lento y así parece demostrarlo el hecho de que en 1710 no se ha construido una nueva iglesia, a pesar de encontrarse muy deteriorada la que había. Así lo demuestra un documento de ese año. Siendo párroco el Pbro. Don Diego Campuzano, el Alcalde Mayor, don Alonso Díaz de Lamparte, ordena a los vecinos de "esta Cabecera, Chinautla y Simpaco (San José Acateno) y San Sebastián" que aporten los materiales necesa-

[6] Ramírez, Lavoignet, David. *Tlapacoyan* Universidad Veracruzana, 1965. Citado por Moreno Melgoza, Ricardo, en el artículo "Un cuaderno de minutas del Partido de Teziutlán y Atempan (1796-1799)", en la revista *Ayuauhcalli*, Núm. 3 de abril-junio 1969. Teziutlán, Pue.

rios para la construcción de un templo con paredes de cal y canto y techo de madera y tejamanil.

Pero para entonces la suerte de la pequeña población parece haber empezado a cambiar, principalmente por el comercio con tierra caliente.

Aunque carecemos de datos para el siglo XVII es seguro que la población creció durante este lapso. Además de su desarrollo natural, atraídos por las facilidades comerciales que ofrecía, se avecinada aquí algunos comerciantes y artesanos y todo indica que esta inmigración, aunque muy paulatinamente, continuó durante los siglos siguientes.

La formación del pueblo

El 16 enero de 1710, siendo gobernador don Baltazar de Rojas, el alférez don Antonio de Parga, en su calidad de Juez Comisario, ejecutó la delimitación del fundo legal otorgado a Teziutlán por Cédula Real del 4 de junio de 1567, en la que se le concedía una extensión cuadrada de "seiscientas varas por cada viento".

Se había señalado ya la cuadrícula de las calles y manzanas, características de las fundaciones españolas, hasta donde ello fue posible por lo sinuoso del terreno, trazando la Calle Real sobre el filo de la loma y a lo largo del camino hacia tierra caliente. Las casas de mampostería con techo de teja de dos aguas y alero sobre las banquetas, apropiadas al clima lluvioso, irían supliendo poco a poco algunas de las de madera y techo de tejamanil construidas originalmente, siguiendo primero la Calle Real y las que rodeaban a la iglesia.

El mejoramiento económico de los vecinos se advierte también porque les permite emprender la construcción casi simultánea de dos amplias y sólidas capillas de bóveda; la del Sagrario se empezó en 1738 y la del Rosario en 1742, y se concluyeron ambas en 1758.[7] Y, al

mismo tiempo, para colocar las campanas, en 1749 se levantó en el atrio una torre aislada de la iglesia en la contraesquina de las casas consistoriales. Esta torre fue derruida en 1832 por orden del Jefe Político, don Manuel Ignacio Vázquez, ya que la construcción se encontraba en malas condiciones y las campanas estuvieron sin torre hasta muchos años después.

Poco más tarde, siendo párroco don Manuel Bocarando, se comenzó a construir en 1778 el santuario del Carmen, que se terminó el 15 de mayo de 1785, cuando ya era párroco el Pbro. José Ponce de León.[8] Es ésta una pequeña pero extraordinaria joya del barroco mexicano. Edificada sobre un montículo artificial que le proporciona mayor gallardía, dos breves escaleras en semicírculo conducen hasta su entrada y la coronan cuatro esbeltas y graciosas torres, cosa muy poco frecuente en las iglesias. Desgraciadamente hace algún tiempo alguien, con mejor intención que buen sentido, mandó sustituir las dos columnas salomónicas que ornamentaban la puerta de la parte baja, por unas columnas de aparente estilo clásico, que chocan con el estilo general del templo.

Según una leyenda que carece de todo fundamento el templo fue construido por el pirata negro Lorencillo. La reseña de la bendición del santuario afirma que fue obra de "...un pobre vecino de esta Cabecera llamado Ignacio Miranda, de oficio carpintero, y que con sólo el sudor de su rostro por espacio de más de dieciocho años se dedicó a esta fábrica."[9] Una placa colocada en la propia iglesia confirma que Ignacio Miranda inició su construcción, pero sería interesante saber quién fue el alarife o arquitecto que la diseñó, ya que se trata de una verdadera obra de arte.

Por estos tiempos, estuvo durante varios años como Alcalde Mayor de Teziutlán don Blas Clavijero, padre del célebre historia-

[7] Datos del Sr. Cabrera.
[8] *Idem.*
[9] El documento relativo fue publicado por don Ernesto Bello en la revista *Hoja de Acanto* correspondiente a los meses de marzo y abril de 1931, pero no indica dónde se encuentra el original.

dor Francisco Javier Clavijero S.J. quien "crióse y recibió la primera educación en los pueblos sujetos a las alcaldías que gobernaba el señor su padre".[10]

La importancia del comercio

Tal vez sean estas construcciones la primera señal de un cambio de mayor importancia para Teziutlán que, de otro modo, podía haber permanecido como una pequeña aldea al igual que tantos otros pueblos de la Sierra.

Así parece demostrarlo la petición hecha al Virrey para que ordenara a los pueblos de Teziutlán, Jalacingo, Mezcalzingo y Atzalan que abrieran nuevamente el camino, por razón de que se perdían muchos novillos destinados a las carnicerías de México.[11] Y es de suponerse que también el comercio con la costa había ido en aumento.

En 1799 el Rey pidió a sus súbditos un auxilio económico extraordinario para la guerra que sostenía con Francia. Con tal motivo el Subdelegado de Teziutlán informa que en ese Partido existen solamente dos vecinos acaudalados que "serán dueños de cosa de quince o veinte mil pesos cada uno, y lo son D. Manuel Pérez Toledano y D. Francisco de la Madrid". Pero además, el Cura y el Receptor de Rentas hicieron una colecta entre los comerciantes y dan cuenta de que encontraron 18 tiendas. Aunque la mayoría de éstas deben haber sido muy pequeñas, destinadas tan sólo al mercado local, es un número alto de establecimientos para una pequeña población y, sin duda, algunos de ellos estaban dedicados, además, a comerciar con las ciudades del centro del país y con los poblados de la costa.

A pesar de ello, en 1792, el párroco, Lic. Gaspar Mexía se quejaba ante el virrey Revillagigedo del deplorable estado en que se encontraba el templo parroquial, por lo que la misas dominicales tenían

[10] Publicado por Audirac, op. cit., sin citar en dónde se encuentra el original.
[11] Revista *Ayuauhcalli* Núm. 3

que celebrarse en la capilla del Sagrario, que era insuficiente para albergar a los fieles. Pero esto parece deberse a la oposición de los indios a que se construyera una nueva iglesia. Ellos proponían que solamente se reparara la que ya existía por malas que fueran sus condiciones. Seguramente su oposición se debía a que sabían que el trabajo de la construcción iba a recaer sobre ellos. Este litigio duró casi treinta años al cabo de los cuales, como veremos, un accidente vino a resolverlo.

En los años de 1787 y 1788, se introdujo en la Nueva España la división del territorio en Intendencias en sustitución de las anteriores provincias, siguiendo el sistema francés que habían traído a España los reyes de la casa de Borbón, para lograr un control más directo y más centralizado de las provincias de ultramar. Por esto la Alcaldía Mayor que existía en Teziutlán fue convertida en una Subdelegación de la Intendencia de Puebla, y se nombró para desempeñar el cargo a don Lázaro José Figueroa, al que le sustituyó, por enfermedad, en 1796, don José de la Torre vecino del lugar. El mismo año fue nombrado como Juez Subdelegado interino el Lic. Antonio López Santa Anna, Abogado de la Real Audiencia de México, padre del nefasto general y sempiterno Presidente de la República del mismo nombre de su progenitor. Pero el propio Lic. Santa Anna informa al virrey Revillagigedo que los ingresos de los subdelegados son tan bajos que "...están casi en precisión los subdelegados, de valerse de medios no permitidos para subsistir".[12]

La implantación de las intendencias no impidió que las comunidades indígenas mantuvieran sus antiguas formas de gobierno. Un informe fechado en Teziutlán el 15 de diciembre de 1796 comunica al Intendente de Puebla, D. Manuel Flon que "Doy cuenta a V.S. con las elecciones de los indios, celebradas con asistencia del Cura Pá-

[12] *Idem.*

rroco y demás... prevenidas para estos actos republicanos de estos pueblos. No lo he verificado antes por la imposibilidad para firmar de los encargados de las repúblicas del barrio de Xalpa y Mexcalcuautla..." (El término república debe entenderse como sinónimo de comunidad).[13]

Educación y población

En materia educativa no disponemos de datos para la época de la Colonia, pero es seguro que deben haber existido las que denominaban escuelas de primeras letras, ya sea dependientes de la parroquia, como estaba ordenado por las leyes y, además, las establecidas por algún particular. Así lo da a entender el Lic. López Santa Anna, cuando, contestando a las autoridades virreinales que insisten en que se enseñe el castellano a los indios, propone que para lograrlo es necesario que éstos asistan a las escuelas de los niños españoles, pagando a los maestros una compensación tomada de las cajas de comunidad que existían en todas las comunidades indígenas.

Los datos demográficos de este periodo son poco confiables. Según un "Padrón Gral. de Españoles, Castizos, Mestizos" (no es una redundancia hablar de españoles y castizos, pues seguramente se trata de distinguir entre españoles nacidos en la Península y criollos que, de acuerdo con las leyes, también eran considerados como españoles) levantado por Vicente Nieto, había 846 hombres, 965 mujeres —excesiva desproporción— niños 498 y niñas 538; que suman 2,847 en todo el Partido, es decir, incluyendo a los barrios rurales, salvo Mexcalcuautla, no se sabe porqué. Pero es un padrón sumamente incompleto puesto que no tiene en cuenta a los indígenas.[14] Ahí mismo se consigna que existen en el Partido 1,398 tributarios.

Estos datos, aunque imprecisos, dan idea de que a lo largo de la

[13] *Id.*
[14] *Id.*

época colonial, aunque ya no era el modesto caserío original, apenas había llegado a ser una pequeña aldea, ya que sus propios recursos eran muy escasos y el comercio con la tierra caliente muy limitado, por el poco desarrollo que había alcanzado hasta entonces esa región.

La época turbulenta

Aunque en términos generales el gobierno virreinal pudo mantener la paz a lo largo de casi trescientos años, no faltaron durante ellos esporádicas rebeliones indígenas. En la Sierra de Puebla puede advertirse ya desde fines del siglo XVIII cierta inquietud entre la población nativa.

El 5 de enero de 1798 se produjo en Tetela de Xonotla un "alboroto tumultuario" de los indios que no pudo controlar el subdelegado de esa población, por lo cual el Intendente de Puebla, que lo era el coronel D. Manuel de Flon, tuvo que pedir al subdelegado de Teziután, D. Francisco Antonio Becerra, que se hiciera cargo de la situación. Mucho tiempo debió haberle llevado a éste sofocar la rebelión, pues hasta febrero del año siguiente vuelve a aparecer como subdelegado en Teziutlán.[15]

En 1808, al llegar a la Sierra la noticia de la abdicación de los monarcas españoles en favor de Napoleón, algunos grupos indígenas, con buena lógica, se negaron a seguir pagando el tributo del rey, lo que refleja el ánimo rebelde de éstos, aunque el incidente no tuvo consecuencias.

La Independencia

Por esto no es de extrañar que, al conocerse en la Sierra el levantamiento armado de don Miguel Hidalgo en el Bajío, en septiembre de 1810, produjera gran inquietud y el propio Hidalgo enviara a fines de

[15] *Id.*

ese año a dos representantes suyos, Mariano Aldana y un señor Centeno para avivar y encausar la rebelión. Aunque este último fue asesinado muy pronto, se sumó al movimiento José Francisco Osorno, oriundo de esa zona, y la sublevación cobró fuerza, representando por su posición cercana a Puebla un peligro para el gobierno virreinal. Para someterlo, en septiembre de 1811, el gobierno envió a un contingente al mando del comandante Ciriaco de Llano que ocupó Zacatlán. Pero el rigor con que éste actuó, incluyendo el asesinato de don Mariano Aldana, fueron contraproducentes. Osorno asumió la jefatura del movimiento y después de derrotar a De Llano estableció su comandancia en Zacatlán.

La Sierra tenía un extraordinario valor estratégico, pues desde ella, cuando lo consideraban oportuno, las fuerzas insurgentes podían lanzar sus ataques sobre las regiones aledañas, desde los llanos de Apan hasta los de San Juan de los Llanos. Pero cuando eran atacados por fuerzas superiores se replegaban a las montañas, en las que les era muy difícil a los realistas darles alcance.

Zacatlán, Zacapoaxtla y Teziutlán fueron los centros de la insurrección. En esta línea, el primero era el punto más avanzado, mientras que Teziutlán constituía la retaguardia, por ser la población más alejada y la más difícil de atacar, ya que se encontraba defendida por esos grandes fosos que son las barrancas que la rodean. En varias ocasiones las tropas virreinales lograron ocupar éstas y otras poblaciones serranas, pero como les era imposible mantener permanentemente ocupadas a todas, en cuanto se retiraban, volvían a caer en manos de los rebeldes. Así, mantuvo Osorno bajo su acecho una vasta región que se extendía desde Texcoco hasta Papantla.

Teziutlán tuvo una participación muy activa en estas luchas. De ello nos queda un valioso testimonio ya que en 1812 la imagen de la

Virgen del Carmen fue solemnemente jurada como Patrona y Generala de las Compañías de Infantería y Caballería de Patriotas que ahí se formaron.

Este movimiento armado de la Sierra fue de los movimientos insurgentes que más tiempo resistió; desde 1810 hasta 1817 en que, al fracasar la campaña que emprendió en el centro del país don Francisco Javier Mina, José Francisco Osorno se acogió al indulto que había ofrecido el gobierno virreinal a quienes depusieran las armas.

Los primeros años republicanos

Como es sabido, consumada la Independencia en 1821, el país cayó en la anarquía. Sin embargo, los constantes cambios de gobierno, los frecuentes "pronunciamientos", los cuartelazos y las revueltas que agitaron a la República durante las décadas que siguieron a la emancipación, no afectaron significativamente a la vida cotidiana, aunque, naturalmente, los negocios se vieron afectados por la falta de seguridad, sobre todo en los caminos, y por el aumento de las alcabalas, que eran aduanas internas que cobraban al pasar las mercancías de un estado a otro o al entrar a una ciudad y que, aunque ya existían en la época de la Colonia, ahora los gobernantes locales o los caciques las multiplicaron y aumentaron su monto, dificultando y encareciendo la circulación comercial de productos.

En el aspecto político, no dejaron de repercutir en la población las frecuentes y a veces violentas disputas por el poder en el país, pero aunque se promulgaron varias Constituciones y se cambió repetidas veces la forma de gobierno, se mantuvo el régimen municipal así como los ayuntamientos que, teóricamente, eran de elección popular. De este modo, a pesar de todos aquellos trastornos, el pueblo continuó su vida.

La nueva iglesia

El 19 de marzo del año 1819, estando en la celebración de la fiesta de San José, al terminar la misa, seguramente por la llama de alguna vela o las chispas de algún cohete, se incendió el altar y pronto el fuego se propagó al techo que era de tejamanil, con lo que el templo quedó reducido a ruinas y los feligreses apenas si alcanzaron a librar de las llamas algunas imágenes de los santos. Sólo se salvaron las capillas del Rosario y del Sagrario que, por ser de bóveda, pudieron resistir el fuego.

En 1821 el párroco, don Manuel Ignacio Hernández convocó a los vecinos para tratar la reconstrucción del templo, pero las opiniones se dividieron, pues mientras la "gente de razón" quería que se construyera una gran iglesia de bóveda, los indígenas se oponían, por la carga económica que esto significaba para ellos, proponiendo que solamente se volvieran a techar con tejamanil los muros que habían quedado, como había estado antes.

Pero, como sucede en estos casos, se impuso la opinión de "los de razón" que tomaron como modelo para el nuevo templo el de la Compañía de Jesús, de Puebla, y se confió la dirección de la obra al ingeniero de la misma ciudad don José Manzo. Después de casi veinte años de trabajos se terminó de construir, una magnífica edificación de tres naves cubiertas por amplias bóvedas y rematada por una elevada cúpula, aunque se dejó sin torres. La nueva iglesia fue consagrada el 14 de agosto, víspera de la fiesta patronal de la ciudad, del año de 1840.[16]

La importancia que había alcanzado Teziutlán para estas fechas mereció durante el periodo del gobernador don Domingo Ibarra, que el Congreso del Estado emitiera el 25 de enero de 1847, un decreto por el cual "se concede al pueblo de Teziutlán el título de Villa".

[16] Sr. Cabrera.

Los años de lucha

Los mayores trastornos de esta época los sufrió Teziutlán de 1857 a 1859, durante la Guerra de Tres Años.

Al triunfo de la Revolución de Ayutla, llegó al poder el Partido Liberal y colocó en la Presidencia de la República a uno de sus caudillos, el coronel Ignacio Comonfort. Esto provocó una violenta reacción del Partido Conservador y de la Iglesia, que querían impedir que los liberales llevaran a la práctica su programa, que incluía la desamortización de los bienes eclesiásticos y la supresión de los "fueros", es decir, de los privilegios de que gozaban el clero y el ejército.

Por estas razones, en diciembre de 1855 se levantó en armas el párroco de Zacapoaxtla, don Francisco Ortega García, al grito de "religión y fueros". La rebelión cobró fuerza porque el general Severo del Castillo, quien fue enviado con una brigada para reprimir a los sublevados, se pasó a su bando, y otro tanto hizo el Gral. Miguel Miramón que había marchado a Tlatlauqui, dando así principio a esa larga contienda entre liberales y conservadores. Las opiniones opuestas se radicalizaron cada vez más, la población se polarizó agresivamente y los partidos se enfrentaron con verdadero furor.

En la Sierra, desde luego, no todos pensaban como el cura de Zacapoaxtla, muchos eran partidarios de las reformas liberales y, aunque las grandes batallas de aquella guerra se libraron en el Centro y el Occidente del país, en las serranías del Norte de Puebla, la afiliación dividida de sus habitantes dio lugar a la formación de grupos armados que lucharon con ahínco disputándose cada poblado.

El Ejército tomó partido por los conservadores y en el bando liberal jugó un papel importante la Guardia Nacional. De acuerdo con la Constitución, los estados tenían facultades para convocar a

los civiles en casos de emergencia a fin de integrar cuerpos armados independientes del Ejército. Así lograron los liberales reclutar fuerzas para combatir al Ejército conservador.

Por lo que hace a la zona próxima a Teziutlán, en Jalacingo se unió a la lucha liberal el coronel Benito Marín y en Chignautla el capitán Lorenzo Gutiérrez. En Teziutlán, se organizó un cuerpo de la Guardia Nacional compuesto de varios batallones, uno de ellos "integrado, en su mayor parte, por la florida y dinámica juventud del Barrio Alto", como dice en sus memorias don Nicasio Cantillano.[17] (Vale la pena anotar que en estos batallones militó el joven Francisco Cabañas Bello, quien después fue, durante muchos años, párroco de Teziutlán.)

En la Sierra, lo accidentado del terreno no permitía el movimiento de ejércitos numerosos ni su despliegue para luchar en frentes amplios, pero en cambio, era ideal para la guerra de guerrillas con base en grupos reducidos que tuvieran gran movilidad. Por eso, a diferencia de las campañas militares que se realizaron en Puebla, en México, en el Bajío y en Jalisco, donde los ejércitos se trabaron en grandes batallas, en la Sierra la lucha fue muy confusa pues una y otra vez las poblaciones cambiaban de manos.

En 1857, el gobierno de don Miguel Cástulo Alatriste y el Congreso del Estado, ante el ataque de los conservadores a Puebla, se refugió en Zacatlán y poco después, junto con el Gral. Miguel Negrete y reforzado por la Guardia Nacional de Teziutlán, tomaron Chalchicomula. Esto provocó una contraofensiva conservadora que, al mando del Gral. Miguel María de Echegaray, se apoderó de Teziutlán, aunque poco después tuviera que retirarse.

Don Nicasio Cantillano narra en sus memorias un episodio que puede servir de ejemplo de esta forma de combatir en la Sierra.

Los conservadores tenían su base de operaciones en el Fuerte

[17] Cantellano, Nicasio. "Héroes desconocidos". Memorias publicadas por la revista *Redención* en 1934.

de Perote, desde donde amagaban a todos los pueblos de la región. De ahí salió el comandante Ignacio R. Alatorre con la aparente intención de apoderarse de Altotonga. Como las fuerzas que podía reunir una de estas poblaciones no eran suficientes para rechazar un ataque, tenían que reunirse los de varias de ellas para lograrlo, pero de este modo, para defender a una, tenían que dejar desprotegidas otras. Esto es lo que ocurrió en esa ocasión: mientras la Guardia Nacional de Teziutlán se movilizó hacia Altotonga, el enemigo cayó por sorpresa sobre la primera y los oficiales conservadores se alojaron esa noche en la casa de don Rafael Ávila, que era uno de los jefes liberales que habían salido de la ciudad.

Sin embargo, éstos, al darse cuenta de lo ocurrido, regresaron a marchas forzadas y después de una breve lucha derrotaron e hicieron prisioneros a los invasores encerrándolos en la iglesia.

En otra ocasión, ocurrió algo similar y se apoderó de la plaza el temido caudillo conservador Miguel Melgarejo, teniendo que escapar audazmente el jefe liberal Benito Marín. Al final, después de muchas alternativas, la población quedó definitivamente en poder de la Guardia Nacional, hasta que terminó la guerra en 1859 con el triunfo de los liberales.[18]

En reconocimiento a sus méritos en la lucha, siendo gobernador del estado de Puebla el Lic. Miguel Cástulo de Alatriste, el 6 de agosto de 1861, el Congreso del Estado decretó que "La Villa de Teziutlán se ha hecho acreedora, por sus eminentes servicios prestados en la campaña sostenida por el pueblo contra la reacción, a ser elevada al rango de Ciudad". Y, agregaba, "La ciudad de Teziutlán se denominará Teziutlán de Mejía en memoria del ilustre C. General de División José Antonio Mejía, asesinado inicuamente por orden de Santa Anna, en Acajete, el 3 de mayo de 1839, defendiendo los principios que el

[18] *Idem.*

pueblo ha conquistado en la guerra de los últimos tres años." (El Gral. Mejía salió con sus tropas de Teziutlán, donde estuvo acantonado por algún tiempo, para combatir a Santa Anna, pero habiendo sido derrotado por el General Valencia, fue, como dice el decreto, pasado por las armas en Acajete.)

Así, la nueva ciudad quedó, como ocurre con tantas otras poblaciones de la República con un triple nombre: Santa María Teziutlán de Mejía. Cada nombre representa una etapa de su historia: Teziutlán, es el nombre indígena, Santa María el colonial y Mejía el republicano.

La intervención francesa

Esta larga contienda había causado graves daños a la población. Además de los saqueos que con frecuencia realizaban las fuerzas que resultaban triunfantes en cada episodio, el comercio se encontraba paralizado y muchos de sus vecinos habían muerto o habían abandonado la población. Pero apenas se empezaba a recuperar de los trastornos sufridos, cuando nuevamente estalló la guerra.

Los conservadores buscaron la revancha y así como los liberales habían obtenido para derrotarlos el apoyo de los Estados Unidos, ellos lograron el de la Francia de Napoleón III para instaurar como emperador de México a Maximiliano de Habsburgo, para lo cual envió un ejército de 40,000 hombres y varios cuerpos más de belgas y austriacos, que empezaron a desembarcar en diciembre de 1861 y, superando la grave derrota que sufrieron en Puebla el 5 de mayo del año siguiente, fueron ocupando las principales plazas del país a pesar de la resistencia que encontraron.

Ante el despliegue de los invasores por el territorio nacional, la Sierra, como en la época de la Independencia, ofreció un refugio ideal para eludir el ataque francés y, al mismo tiempo, acosar a sus

tropas mediante una guerra de guerrillas sostenida por pequeñas partidas que conocían perfectamente el terreno y en la que ya tenían amplia experiencia. Así, en 1863, en muchas poblaciones de la Sierra existían grupos armados republicanos encabezados por los famosos "tres Juanes": Juan Nepumoceno Méndez, Juan Crisóstomo Bonilla y Juan Francisco Lucas.

Esto permitió que, al ser ocupada Puebla por los franceses, el gobierno republicano del estado, al frente del cual se sucedieron varios personajes, se trasladara a diferentes pueblos de la Sierra, eludiendo así a sus perseguidores. Cuando éstos lograron tomar Zacapoaxtla, en 1863, la lucha se trasladó a otras poblaciones, como Teziutlán, donde, a lo largo de 1864 se dieron fuertes enfrentamientos entre los republicanos y los conservadores partidarios del Imperio.

El destacamento liberal que ocupaba Teziutlán estaba al mando del Gral. Lázaro Garza Ayala. Pero el 9 de enero de 1864, en un sorpresivo ataque se apoderaron de la plaza los jefes imperialistas don Antonio Rodríguez y el Lic. Aldave, haciendo prisionero al Gral. Garza, quien se encontraba enfermo, mientras los demás escaparon para ir a unirse a otros cuerpos republicanos. Sin embargo, los invasores se replegaron ese mismo día rumbo a San Juan de los Llanos.

Sin embargo, los teziutecos se negaron a aceptar la autoridad del general republicano José María Maldonado, el más alto jefe militar, y sin consultar al gobernador interino del estado, Gral. Rafael Cravioto, refugiado también en la Sierra, don Ignacio Pérez y otros vecinos integraron una administración municipal independiente y formaron su propia milicia, a la que denominaron Segunda División del Ejército de Oriente, nombrando como General en Jefe a don Manuel Andrade y Párraga.

Sin embargo, el Gobernador y los demás jefes republicanos, se

negaron a reconocer a las autoridades democráticas de Teziutlán, aduciendo que ese procedimiento introducía una peligrosa división en las filas nacionales. En consecuencia, el 18 de febrero, de ese año de 1864, don Rafael Ávila y don Antonio Mora, en combinación con don Miguel Pérez, de Tlapacoyan, cayeron con un contingente sobre el pueblo al grito de ¡Viva la República!

Pero la población no se doblegó y el gobernador Cravioto envió una fuerza al mando del Gral. Maldonado, para que ocupara la plaza, mientras los teziutecos se aprestaron a ofrecer resistencia. Ante la inminencia de un enfrentamiento entre grupos de un mismo bando, éstos enviaron una comisión formada por don Andrés Iglesias, don Rafael Ávila y un señor Calderón, para evitarlo. Pero, ante el peligro de que la situación fuera aprovechada por los imperialistas, Maldonado, al frente de 800 hombres, ocupó la población el 1 de marzo ya sin oposición y nombró como autoridades a personas aceptables para los vecinos, como lo era el coronel Benito Marín, que se había distinguido en la guerra anterior, quien asumió los cargos de Jefe Político y Comandante Militar y, del mismo modo, escogió a ciudadanos honorables tanto para los mandos militares como para los puestos del Ayuntamiento. Además logró formar una milicia de 500 hombres para la defensa de la ciudad. Situaciones parecidas a ésta se repitieron en otras ocasiones.

Por otra parte, entre los soldados franceses, cansados de una lucha que parecía no tener fin, empezaron a darse algunas deserciones y con éstos se formó en Teziutlán un cuerpo llamado "Caballería ligera" cuyo mando se dio a don Gabino Ortega.[19]

Aunque distaba mucho para que las fuerzas de ocupación hubieran logrado dominar y pacificar al país, en mayo de 1864 hicieron su arribo Maximiliano y Carlota.

[19] *Id.*

En la Sierra de Puebla, las numerosas partidas republicanas, entre las cuales figuraban, como vimos, las que mandaba el Gral. Juan Francisco Lucas, que se había distinguido en la batalla del 5 de mayo en Puebla, se dedicaron a amagar Perote y el camino de Veracruz a México y se mantuvieron los constantes enfrentamientos a lo largo de 1864 y todo el año siguiente.

En uno de sus golpes sorpresivos, que eran la base de su estrategia, las fuerzas de Teziutlán, dirigidas por don Rafael Barrón, se unieron en agosto de 1864 a una partida que encabezaba Marcos Heredia en el estado de Veracruz y cayeron sobre las tropas imperialistas de Miguel Melgarejo, que sufrió una grave derrota perdiendo todo su armamento y bagajes de guerra.

En diciembre de 1864 se había presentado en Teziutlán con carácter de Gobernador del estado, don Fernando María Ortega revocando así, automáticamente, el nombramiento de Jefe de la Plaza que había recibido el Gral. José María Maldonado del gobernador Cravioto. Esto venía a frustrar el plan que había concertado Maldonado con el coronel Jerónimo Treviño para atacar San Juan de los Llanos, Altotonga y Perote. Y las cosas se complicaron más, porque ni Cravioto ni parte de sus tropas aceptaron la autoridad de Ortega. A pesar de ello, éste logró imponerse, pero tales rencillas debilitaron la capacidad de resistencia de las fuerzas nacionales ante el ataque imperialista que se aproximaba.

Los austriacos

Entre las tropas austriacas y belgas que acompañaron al Emperador y al ejército francés, surgieron dificultades, porque aquéllos se negaban a quedar subordinados a éste. Para evitar tales conflictos Maximiliano ordenó al conde de Thum, quien era el comandante de

los austriacos, que destinara sus fuerzas a dominar la Sierra que seguía en poder de las partidas republicanas. Thum fijó su cuartel en Perote, desde donde envió a diferentes cuerpos de sus tropas para apoderarse de las principales poblaciones de la Sierra.

El mayor Kodolich recibió órdenes de marchar sobre Teziutlán con un fuerte contingente. Éste se desplazó con toda cautela y el 6 de febrero de 1866 llegó con sus tropas al objetivo. Las barrancas que bordean la población hacen de ésta, como ya dijimos, un lugar difícil de atacar, por ello los austriacos colocaron una fuerza de reserva en el barrio de Francia y lanzaron su ofensiva por los dos puntos donde la ciudad es más accesible: Texaxaca y el Camposanto. Ante el sorpresivo ataque el gobernador Ortega salió huyendo en paños menores, llevándose a sus tropas y al regimiento de caballería del coronel Jerónimo Treviño, por la única salida que estaba libre de enemigos que era la de Ahuateno y San Diego.

En cambio, el Comandante de la Plaza, el coronel Benito Marín mandó tocar a rebato las campanas y auxiliado por el capitán Nicolás Bello y los hombres que pudo reunir, tanto de sus tropas como de algunos civiles voluntarios, se aprestaron a defender la plaza. Un grupo de ellos, afortinado en El Carmen logró contener el ataque por algún tiempo, mientras otros defendieron paso a paso la calle que lleva del camposanto a la parroquia. Pero al fin, la superioridad numérica y de armamento de los austriacos, agravada por la huida del Gobernador, determinaron la caída de la ciudad.

De igual modo, una tras otra fueron cayendo en poder de las tropas extranjeras las principales poblaciones de la Sierra. El capitán Schoner, que estaba al frente de ellas, fijó su centro de operaciones en Zacapoaxtla. Sin embargo, los guerrilleros republicanos continuaron con sus ataques de hostigamiento.

A poco de haber caído Teziutlán, los generales Juan Francisco Lucas y José María Maldonado intentaron recuperarla, pero fueron rechazados y la misma suerte corrieron otros ataques posteriores, conservándola las fuerzas de ocupación hasta su retirada. Sin embargo, la falta de colaboración del Ayuntamiento con las fuerzas invasoras, mereció ser sancionado por éste en dos ocasiones con fuertes multas.

A pesar de estas derrotas, todavía en 1866, las tropas teziutecas reunidas con otras de la región lograron infringir una severa derrota al ejército imperial en Jalapa.

Estados Unidos no había intervenido en el conflicto de México porque entre 1860 y 1865 se encontraron trabados en la Guerra de Secesión de los estados del Sur contra los del Norte pero, al concluir ésta, le hicieron saber a Napoleón III que no tolerarían un imperio en su vecino del Sur. Además, Francia se encontraba amenazada por Prusia y el monarca francés necesitaba al ejército destacado en México. Este conjunto de circunstancias hizo que las tropas expedicionarias se retiraran del país, permitiendo con ello un rápido triunfo de los republicanos y el regreso del presidente don Benito Juárez a la capital del país.

Por las calles de Teziutlán desfilaron las tropas que mantuvieron la resistencia en los montes, entonando el himno de la Guardia Nacional:

Teziutecos, valientes serranos
A la Patria las glorias cantad
Y repitan los ecos ufanos:
¡Libertad, Libertad, Libertad! [20]

[20] *Id.*

El Partido de la Montaña

Como suele ocurrir frecuentemente, una vez alcanzada la victoria contra el enemigo común, surgieron las desavenencias entre los vencedores; los caudillos de la Sierra entraron en lucha por el poder con los de la capital y el sur del estado, por lo cual la prensa dio en llamarles el "Partido de la Montaña" y el "Partido de las Llanuras". Mientras los primeros eran liberales radicales, los segundos eran moderados.

Pero además de diferencias ideológicas e intereses políticos contrapuestos, ambos grupos representaban regiones que geográfica, económica y socialmente tienen muy poco en común y que muy artificiosamente han sido reunidas en un sólo estado, lo que ayuda a comprender estas disputas.

Los conflictos empezaron cuando, en abril de 1867, Porfirio Díaz tomó la ciudad de Puebla, que permanecía en poder de los conservadores y designó como gobernador interino a don Juan N. Méndez. De los jefes serranos era éste el más abocado a la política pues ya había sido diputado en el Congreso Constituyente de 1857 y Secretario de Gobernación. Pero, poco después, a fines de ese año, por diferencias con el presidente Juárez, Méndez fue destituido. En enero del año siguiente se celebraron elecciones para Gobernador y Méndez quien se presentó como candidato obtuvo el triunfo, pero el Congreso local lo desconoció. Esto provocó en la Sierra un levantamiento general. El gobierno poblano envió contra ellos numerosos contingentes, a pesar de lo cual no pudieron someterlos, hasta que depusieron las armas a mediados de 1870.

En 1871, al realizarse elecciones para un nuevo periodo de Gobierno, la historia se repitió. Pero ahora, mientras Méndez se postulaba para gobernador, Porfirio Díaz lo hizo para Presidente de la República y, al ver frustradas sus aspiraciones, se lanzó a las armas

enarbolando el Plan de la Noria, secundado en la Sierra de Puebla por los aguerridos contingentes de los "tres Juanes". Contra ellos marchó el general y gobernador Ignacio Alatorre quien logró derrotarlos en Zacapoaxtla y en Teziutlán.

Sin embargo, el conflicto no terminó hasta que la muerte repentina del presidente Juárez, el 21 de julio de 1872, vino a ponerle fin. Como sabemos le sucedió en la Presidencia don Sebastián Lerdo de Tejada quien en 1876 intentó reelegirse, pero se lo impidió el Gral. Díaz quien se alzó nuevamente en armas enarbolando el Plan de Tuxtepec y logró derrocarlo y ocupar el puesto. Hubo entre ambos un breve interinato en la Presidencia que cubrió don Juan N. Méndez.

En Puebla se presentaron como candidatos a la gobernatura, el Gral. José María Couttolec, rico hacendado de Tecamachalco, apoyado por los hombres de la llanura y por los de la Montaña otro de los "Juanes", don Juan Crisóstomo Bonilla quien, en mayo de 1877, ganó la contienda gracias al apoyo del Gral. Díaz. Cuatro años después, éste, que requería del respaldo serrano para colocar en la Presidencia a su compadre el Gral. Manuel González, auspició la elección de don Juan N. Méndez como Gobernador.

A pesar de ello, con esto se inició el fin de la hegemonía de los "Juanes" en la Sierra. La Constitución poblana prohibía la reelección y el Gral. Bonilla, quien hubiera podido reemplazarlo en la gobernatura falleció en 1884. Lo que permitió a Porfirio Díaz, quien había vuelto a la Presidencia, colocar como gobernador al Gral. Rosendo Márquez, hombre ajeno a la lucha de los partidos. Éste emprendió una política conciliadora y, sobre todo, se esforzó por poner fin a las reyertas, el bandolerismo y la anarquía que reinaban en la Sierra.

Reformada la Constitución poblana, el Gral. Márquez se reeligió en 1885 y en 1893 ocupó la gobernatura el también Gral. Mucio P.

Martínez, quien gobernó el estado con "mano dura" hasta la caída de don Porfirio. Éste, por su parte, se reeligió sin interrupción hasta 1911 cuando fue derrocado por la Revolución.

La era del progreso

Teziutlán empezó lentamente a levantarse de la postración en que la habían dejado las constantes luchas que la convulsionaron durante más de veinte años, iniciando así una larga etapa de tranquilidad y progreso que se prolongaría hasta 1913.

La paz porfiriana

El Gral. Díaz, para concentrar mejor el poder en sus manos, fortaleció el puesto de Jefe Político de Distrito, que no era un cargo de elección popular sino que los designaban los gobernadores. A partir de entonces fueron éstos los que ejercieron la autoridad, quedando los ayuntamientos como figuras puramente decorativas. Sin embargo, si es verdad que acabaron con la libertad municipal, también es cierto que mejoró la eficacia administrativa, lo que permitió la realización de muchas obras materiales, aunque poca atención prestaron a los problemas sociales. Para acabar con el bandolerismo en los caminos, que era un mal endémico, creó la temible Guardia Rural, la cual seguramente cometió muchas arbitrariedades, pero dio seguridad en los caminos.

La tierra caliente

Su creciente importancia y desarrollo le vinieron de la región costera del Norte del estado de Veracruz, a la que en aquel entonces se llamaba la costa de Sotavento.

Entre la Sierra Madre Oriental y el mar se extienden amplias planicies que, dada la abundante precipitación pluvial que les llega del

Golfo de México, hacen de esta región una de las más fértiles del mundo. Tiene en su contra, en cambio, lo sofocante del clima y, sobre todo, las enfermedades endémicas, como el paludismo, la fiebre amarilla y otras.

Cuando llegaron los españoles estaba cubierta por una densa selva tropical, habitada, en la zona más cercana a Teziutlán por indios totonacas cuyo principal centro ceremonial era el Tajín, próximo a la ciudad de Papantla, su población más importante.

Aunque descuidada por los españoles por mucho tiempo, ya que se concentraron principalmente en las mesetas centrales huyendo de las costas malsanas, al fin, atraídos por la feracidad de sus tierras, la riqueza de sus productos, como la vainilla, el tabaco, la caña de azúcar, las maderas preciosas y otros, y su numerosa población indígena, empezaron a avecindarse en Papantla algunos españoles dedicados al comercio con los totonacas o a abrir tierras a la producción agrícola y ganadera.

Pero la comunicación con el puerto de Veracruz a lo largo de la costa era sumamente difícil por las selvas y ríos que tenían que atravesarse, por ello, lo que resultó más practicable fue el camino que, surcando la Sierra, entroncaba con el de Veracruz a México en Perote o el que llevaba directamente a Puebla. De este modo, Teziutlán vino a quedar ubicado en un sitio estratégico para servir de enlace entre la región de Papantla y el centro del país. Y no sólo de enlace, sino en lugar de almacenamiento de los artículos que se enviaban a tierra caliente y de los que se extraían de ella, y en residencia de muchos comerciantes y propietarios de aquella zona que querían evitar su clima y sus enfermedades.

Naturalmente, la incorporación de la región totonaca a la economía nacional significó un lento y largo proceso que inició desde el siglo

XVIII y los efectos de este pausado poblamiento y desarrollo económico de la tierra caliente se empezaron a dejar sentir en Teziutlán de modo muy paulatino.

Ambas regiones se complementan, ya que si la Sierra es pobre en recursos naturales, en cambio tiene un ambiente saludable, mientras que la costa, dueña de una extraordinaria fertilidad, padece un clima agobiante y malsano que, en aquella época, no había medios para combatir. Por esta razón, se establecieron entre ellas relaciones muy estrechas, no sólo de carácter comercial, sino también social y familiar. Mientras estas relaciones eran muy escasas con poblaciones más cercanas como Altotonga o Tlatlauqui, en cambio eran mucho más frecuentes con Papantla y su región, porque algunos terratenientes de esa zona preferían llevar a su familia a vivir a Teziutlán, aunque tuvieran que recorrer largas jornadas para atender sus posesiones. Asimismo, era frecuente que algunos vecinos de Teziutlán invirtieran sus capitales adquiridos en el comercio, en ranchos o haciendas en tierra caliente.

En muchos casos se combinaba el comercio con la explotación agrícola y la ganadería. Y, más aún, algunos comerciantes actuaban también como financieros, ya que proporcionaban fondos a "sus partidarios". Llamaban así a los agricultores a los que les proporcionaban fondos para el cultivo del tabaco o el café y sobre todo de la vainilla, que no era susceptible de cultivo extensivo y sólo era recolectada por los totonacas.

Esta actividad que reunía su posición como terratenientes con el comercio y el financiamiento, permitió que se formaran algunos capitales considerables. De este modo, Teziutlán y Papantla se constituyeron en los polos del desarrollo económico de esta amplia región.

Naturalmente, la conexión entre ambas poblaciones exigió la

ampliación y el mejoramiento de las viejas veredas de los indígenas, convirtiéndolas en caminos de herradura por los que pudieran transitar las recuas de mulas que transportaban las mercancías. Cada municipio tenía la obligación de mantener en buenas condiciones el tramo del camino que lo atravesaba, empleando para ello periódicamente a numerosas cuadrillas de peones para reparar el empedrado que muy frecuentemente se deterioraba por las abundantes lluvias. Además, a lo largo de la ruta se fueron estableciendo tiendas o mesones para atender a los viajeros, como La Ventilla, Paso del Macho, San José Acateno, Joloapa y otros.

Las colonias de extranjeros

Un hecho que contribuyó al desarrollo de la costa fue el establecimiento de colonias de extranjeros. Era muy común entre los gobernantes latinoamericanos de la época, la idea de que la pobreza de estos países se debía a falta de población para explotar sus riquezas; "gobernar es poblar", fue el lema que acuñaron.

En consecuencia, se empeñaron en promover la inmigración de europeos, principalmente de Italia y Francia, que eran más afines a la población nacional. La inmigración española no requería mayor promoción ya que era espontánea. De acuerdo con esa concepción el gobierno del Gral. Díaz se abocó a esta tarea.

El Lic. Rafael Martínez de la Torre, nacido en Teziutlán en abril de 1828, fue uno de los juristas y oradores más destacados de su tiempo, tuvo a su cargo la defensa de Maximiliano cuando fue juzgado en Querétaro y fue varias veces diputado. Cuenta el prestigiado geógrafo Antonio García Cubas que en su compañía visitó Teziutlán en 1874 y "en una tarde bellísima subimos a la bóveda de la preciosa capilla del Carmen de Teziutlán y contemplamos el encantador pa-

norama de la población, dirigiendo nuestras miradas sobre todo al horizonte que se presentaba bello y halagador a nuestro espíritu de viajero y tierno patriótico al corazón de Martínez de la Torre". García Cubas le expuso su opinión en el sentido de que "...la colonización tiene a mi juicio un lugar de preferente atención. A ella debe el gobierno consagrarla y como punto que satisface cuanto puede apetecer el inmigrante conviene designar toda la región que atraviesa desde Perote hasta Nautla".[21] Estas ideas, propuestas por tan influyentes personajes, obtuvieron el apoyo del Gobierno y trajeron a finales del siglo a un grupo de familias italianas que se establecieron cerca de Papantla fundando la colonia Gutiérrez Zamora y otra de franceses cerca de Nautla, en terrenos que cedió Martínez de la Torre, de ahí el nombre de San Rafael que se dio a la colonia. En efecto, a los colonos europeos se les había ponderado la feracidad de la tierra, pero seguramente, no se dijo nada sobre el clima.

El desarrollo económico

Ya hacia 1874, el propio García Cubas escribía, "Teziutlán, hoy ciudad reducida, camina por la senda del progreso a pasos rápidos, y será siempre notable el adelanto de sus hijos, porque allí no hay conflictos privados que dividan a las familias, y la autoridad política, el párroco del pueblo y los particulares trabajan por mejorar en todo una población que por la naturaleza tiene mucho que dar y por sus actuales pobladores mucho que esperar".[22]

Poco a poco, como dijimos, se fue reanudando el comercio, que era su actividad vital. Se repararon los principales caminos, que eran los de Perote y Puebla, por una parte, y los de Papantla y Nautla, por la otra. Poco después se estableció un servicio de diligencia a Perote.

La reanimación del comercio hizo que se desarrollara la produc-

[21] García Cubas, Antonio. "Teziutlán". Artículo publicado en el libro de Luis Audirac, *op.cit.*
[22] *Idem.*

ción artesanal, sobre todo la que estaba más ligada con el transporte de herradura, como la curtiduría, la talabartería y la jarciería; las telas ahuladas, para protegerse de la lluvia, el herraje de las asémilas y los mesones, para las recuas de mulas y sus arrieros. Pero, sobre todo, los comercios, que surtían de productos a la región veracruzana.

La ciudad

La ciudad creció y mejoró notablemente su aspecto. Las calles, que ahora recibieron nombres patrióticos, se prolongaron. La calle Real, recibió el nombre de calle Miguel Hidalgo —aunque todos siguieron llamándola como antes— y se extendió hacia el Sur, por la salida para San Juan de los Llanos y Puebla. En una parte en que había una explanada, se construyó una capilla dedicada al arcángel San Rafael y en torno a ella creció el Barrio Alto, habitado principalmente por artesanos. Hacia el Norte se prolongó por el camino de la costa. En trazos paralelos a la calle Hidalgo las barrancas sólo dieron espacio para dos calles, la Benito Juárez, al Oriente, que al bajar lleva a la capilla de San Francisco. Pero en la parte baja del pueblo, el terreno permitió una vía paralela más, la calle Ignacio Zaragoza, que conduce al Santuario del Carmen. Hacia el Poniente, partiendo de la Plaza principal, sube hasta el Barrio de San Rafael la calle Cuauhtémoc. Estos ejes se unen por varias calles transversales que apenas tienen tres o cuatro cuadras de largo, salvo la que pasa a un costado de la iglesia, que aprovechando un declive más suave del terreno, lleva hasta el camposanto.

La mayoría de las calles seguían siendo de tierra y con la frecuente lluvia se formaban charcos y lodazales, pero al menos, las más cercanas a la parroquia se empedraron y se empezaron a construir en ella grandes casas de dos pisos adaptadas a los negocios; en la planta alta, con numerosos balcones a pesar del clima, vivía la familia

y en la baja estaban las oficinas o las tiendas y las bodegas. En muchas de ellas había un patio destinado a las maniobras del transporte, pero conservaron el tradicional techo de teja de dos aguas y alero sobre la banqueta.

Para estar a la altura, en su categoría de ciudad, Teziutlán necesitaba tener un teatro. Por ello, en unos terrenos que estaban a espaldas de la iglesia, que eran propiedad de don Platón León, se construyó en 1882 el Teatro Victoria. Un excelente local, con un patio de lunetas para 380 asientos, rodeado de plateas y dos pisos de palcos, a los que después se agregó una galería o "gayola" —como era popularmente conocida—, un amplio escenario y todos los servicios necesarios para su buen funcionamiento.

Las comunicaciones

Al mismo tiempo se empezaron a tender algunas líneas del telégrafo, tanto de la Federación como de algunos particulares para comunicarse con sus propiedades y ciudades de la costa.

El 12 de octubre de 1892, para conmemorar el cuarto centenario del Descubrimiento de América, se organizaron varios actos: por la mañana una "procesión cívica" en la que figuraban dos carros alegóricos: "Apoteosis de Colón" y "México independiente y libre"; y en la noche, una velada en el Teatro Victoria y fuegos artificiales. Pero sin duda el acto más trascendental se realizó el día 14 a las 9 de la mañana, cuando se inauguró la línea telefónica entre Teziutlán y Chignautla. Desde ésta última el Jefe Político, le dijo al Director del Colegio Guadalupano quien lo escuchaba en la primera "los pueblos van estrechando sus lazos fraternales a medida que la ciencia borra las distancias que los separan y así borrará algún día las distancias que separan a los hombres". Y el Director de la escuela contestó

"...quizá no esté lejano el día en que los vínculos de comunicación sean más fáciles, más sorprendentes, logrando de este modo México, nuestra amada patria, su completa civilización". A continuación se tocó el Himno Nacional y todos se fueron a comer a los manantiales de Chignautla.[23]

Más tarde, se extendieron las vías telefónicas a otras poblaciones del Distrito y de la costa y algunos particulares se asociaron para llevar el teléfono a sus haciendas, de manera que existía una doble red, lo mismo que ocurría con el telégrafo.

Pero la manifestación más espectacular del progreso la constituyó la llegada del ferrocarril. En 1874, García Cubas había señalado también la conveniencia de unir la rica zona de Nautla con el centro del país, mediante una vía férrea que entroncara con la de México a Veracruz. Y, en efecto, poco después, en 1880 se iniciaron los detallados estudios y los prolijos trámites para su construcción. El Congreso de la Unión emitió una serie de decretos para otorgar la concesión a distintos solicitantes o para modificar el trazo de la línea. Al final, la concesión por 99 años quedó en manos del Ferrocarril Interoceánico y el punto de entronque se fijó en la estación Oriental.

Más de cuatro años llevó la construcción de la vía. En abril, un mes antes de que concluyera, ya cerca de la ciudad, al estar supervisando el avance de la obra el Jefe Político, D. Manuel Hidalgo Hinojar, cayó del caballo que montaba y a los pocos días falleció a consecuencia del golpe. Le sustituyó en el cargo D. Francisco Machorro.

Pero al fin, el 5 de mayo de 1900, a las 10:35 de la mañana, según puntualiza la crónica, "apareció arrogante y soberbio el precursor del progreso", como dijera el Jefe Político; el primer ferrocarril que llegaba a Teziutlán. La locomotora estaba adornada con coronas de flores y venían en ella las señoritas Eloísa Machorro y Nachita

[23] "El Presente", Zacatlán, Pue. Sin número ni fecha.

Mayaudón tocando la campana. En los vagones viajaron varios funcionarios de la Compañía. Como madrinas del nuevo ferrocarril figuraron varias señoras de la sociedad teziuteca y las señoritas Rosalía Fontecilla, Raquel Díaz y Consuelo Lapuente.

En los terrenos de la estación la Junta Popular que presidía don Ramón de la Torre, ofreció un banquete a los visitantes y una comida para los trabajadores. Al final no faltaron los brindis, los discursos y las poesías. Concluyeron los festejos por la noche con un gran baile y el consabido telegrama de la Junta Popular a D. Porfirio: "el pueblo teziuteco felicita a Ud. por el nuevo triunfo del progreso: la llegada de la primera locomotora a esta población". El periódico local, *La Voz de Oriente*, anunció eufórico: "Teziutlán se despide gloriosamente del siglo XIX".

Por fortuna para Teziutlán, el proyecto de continuar la vía hasta Nautla no prosperó. De haberlo hecho le hubiera ocurrido lo que a poblaciones como San Juan de los Llanos, que perdieron toda importancia como escalas para el tránsito comercial.

En cambio, poco después, la compañía minera La Aurora construyó un pequeño tramo de 9 kilómetros para transportar el mineral hasta la estación del ferrocarril.

Poco más tarde, se instaló un sistema de tranvías tirados por mulas que partía de la estación y recorría el pueblo, para después desaparecer cuando llegaron los camiones.

Por último, en 1905 llegó al pueblo el más reciente invento en materia de locomoción: el automóvil. En una plataforma del ferrocarril trajeron un *studebaker champion* que había comprado el Dr. Monroy Velasco. Pronto otros vecinos siguieron su ejemplo, aunque no eran muy grandes las distancias a las que se podía ir en coche.[24]

[24] Datos tomados de González Molina, Concepción. *La Historia de un Tren*. Septiembre de 1997. Puebla, Pue. Mundo Color Gráfico, S.A.

La luz eléctrica

El siguiente gran paso en esta carrera del progreso fue la introducción de la luz eléctrica. Más meritorio, porque la iniciativa y la obra se debieron a un vecino de la población, don Máximo García, un español dueño de varios negocios, quien fundó la "Empresa de alumbrado y fuerza motriz eléctrica". En un cercano rancho suyo, llamado San Isidro, aprovechando los desniveles del terreno y mediante obras dirigidas por él mismo, instaló una turbina importada de Alemania y tendió las líneas necesarias para llevar la energía al pueblo. En 1901 las bombillas incandescentes empezaron a sustituir a los faroles de gas que iluminaban algunas esquinas. Cuentan que al culminar su obra, don Máximo mandó cantar un *Te Deum* en la parroquia y, para que la luz eléctrica luciera en todo su esplendor, hizo que cubrieran los ventanales de la iglesia con petates.[25]

Se hizo así realidad la alegoría pintada por don Juan Cordero en 1874, llamada "Orden y Progreso", en la Escuela Nacional Preparatoria, a solicitud de su entonces Director don Gabino Barreda. En ella, Minerva, la diosa de la sabiduría, se ve servida por dos figuras que representan respectivamente el vapor y la electricidad. Juan Cordero, considerado el mejor pintor de su tiempo, había nacido en Teziutlán el 10 de junio de 1822.[26]

El Hospital Guadalupano

Por supuesto, de esta prosperidad poco o nada llegó a los pobres, por ello, en enero de 1886, algunas personas se preocuparon por ayudar al menos a los más necesitados y bajo la dirección del párroco, don Arcadio Arrieta, formaron la Junta de Caridad de Señoras de la Confederación de San Vicente de Paul, que tenía por misión atender a los enfermos indigentes. A pesar de ser un grupo de más

[24] Datos tomados de González Molina, Concepción. *La Historia de un Tren*. Septiembre de 1997. Puebla, Pue. Mundo Color Gráfico S.
[25] Ramos de García, Aurora. *Don Máximo*. Editorial Jus.
[26] *Ayauhcalli* Núm. 1, Nov-Dic. 1968

de 60 señoras y señoritas que se prestaron a esta labor, el trabajo las superó, pues eran cerca de 150 los enfermos que tenían que atender y esto se hacía mas difícil porque para ello debían ir a sus casas. Se requería, por lo tanto, de un local en el que se pudiera recoger a los más graves. Era necesario, en consecuencia, el establecimiento de un hospital y, con ese propósito se formó una nueva Junta que encabezaron, doña Adela Zorrilla de Lapuente como presidenta, la señorita Modesta Palacios como vicepresidenta y varias más, que ya para septiembre de 1890 habían acondicionado una casa en el barrio de San Rafael, fundando así el Hospital de Caridad Nuestra Señora de Guadalupe. Para mejor atenderlo lograron que un grupo de religiosas Siervas del Sagrado Corazón y de los Pobres se hicieran cargo de la nueva institución.

Como el local que ocupaba era muy inadecuado, en 1893 se trasladaron a uno un poco mejor en el otro extremo de la ciudad, en el barrio de San Francisco. Sin embargo, el predio ocupado por el hospital no había pagado impuestos y el gobierno lo sacó a remate. Para evitar mayores problemas, lo adquirió la señorita Rosalía Fontecilla y lo donó a la institución.[27]

Durante mucho tiempo ésta fue la única institución asistencial, hasta que a principios del siglo, el jefe Machorro, en 1910, mandó construir por el rumbo del camposanto, el Hospital Morelos, que era, como entonces se decía, un hospital de sangre destinado a heridos, ya sea accidentales o víctimas de un hecho delictuoso que, por lo mismo, no podía recibir el Hospital Guadalupano. Por esta razón, el Hospital Morelos al cabo del tiempo terminó por convertirse en cárcel.

La parroquia

Sin embargo, no faltaron contratiempos en esos años tan nutridos

[27] Un milagro de noventa años. Historia del Hospital de Caridad de Nuestra Señora de Guadalupe.

de sucesos benéficos para Teziutlán. Aunque la iglesia es magnífica, su construcción fue muy deficiente y ha dado lugar a múltiples problemas. Ya en 1888 hubo que reparar la cúpula, que se encontraba muy agrietada, pero lo peor ocurrió el 5 de mayo de 1901 porque se vino abajo una de las columnas centrales provocando el derrumbe de la cúpula y de dos de las bóvedas. Por fortuna esto ocurrió a mediodía, cuando estaba vacía la iglesia y no hubo desgracias personales.

El culto tuvo que reducirse a la capilla del Sagrario, al santuario del Carmen e, incluso, a una casa particular, por lo que el párroco, don Julián Anaya, hizo construir en la huerta del curato un galerón de madera que costó varios miles de pesos, lo que le valió las críticas de sus feligreses. Tres años pasaron así sin que, por lo visto, nadie tuviera mucha prisa en reparar la iglesia, hasta que se nombró como nuevo párroco al Sr. Francisco Cabañas, el antiguo guerrillero liberal, que emprendió con la misma energía la reconstrucción del templo.

Cuatro años duró ésta y, al concluirla, se inició la de las torres. Se había terminado ya una y el primer cuerpo de la otra, cuando murió, en 1918, el Sr. Cabañas, por lo que sus sucesores hubieron de concluir la obra para completar las dos airosas torres que la coronan actualmente.

La Mina

Para culminar esta era de prosperidad, ese mismo año de 1901, después de prolongados trabajos, inició al fin la explotación del mineral de La Aurora.

Un italiano que conocía algo de metales, don Vicente Lombardo Catti, descubrió en 1890 un yacimiento de cobre y plata en un lugar próximo a Mexcalcuautla, en las faldas del cerro de Chignautla, al que denominó La Aurora. Como en Teziutlán no encontró quien quisiera

asociarse con él para iniciar su explotación, porque nadie sabía de minería, se asoció con el norteamericano don George D. Barrón y establecieron en 1887 una fundición y hacienda de beneficio denominada La Valenciana que al ampliar su capital con otros accionistas se transformó en la Compañía Minera y Beneficiadora de Teziutlán, que inició su actividad en 1894. Sin embargo, su capital también resultó insuficiente, por lo que en 1900 formaron, con nuevos socios norteamericanos, The Teziutlán Copper Mining and Smelting Company con un capital suficiente, quedando como Presidente del Consejo de Administración el Sr. Barrón. Así, a principios del siglo, la mina incrementó su producción y alcanzó un gran desarrollo, llegando a dar empleo, según algunas fuentes, a cerca de 3,000 trabajadores.

De este modo, se formó en las proximidades de la mina una próspera aunque efímera población. Se construyeron cómodas casas para los empleados más importantes, muchos de ellos norteamericanos, y los trabajadores se establecieron en una pequeña población adjunta llamada Aire Libre.

Naturalmente, el auge de la mina repercutió directamente en Teziutlán, ya que era la ciudad más cercana para su aprovisionamiento. Pero no sólo influyó en el aspecto económico, sino también socialmente porque se establecieron relaciones entre ambas comunidades. Don George Barrón instaló un elegante hotel y un casino en el que departían los personajes más importantes de los dos grupos. Así, el ambiente tradicional experimentó cierto aire de renovación y modernidad.

1910

Después de cuatro décadas de tranquilidad y trabajo, la ciudad había crecido y mejorado. Según el censo de 1910 tenía 11,813 habitantes

(desafortunadamente no puede cuantificarse periódicamente su crecimiento porque los datos demográficos anteriores no son confiables). Su fisonomía no había cambiado mucho, pero los servicios públicos mejoraron notablemente para una parte de la población, bajo la jefatura de don Francisco Machorro: se introdujo el agua potable y el alcantarillado, se extendió el alumbrado público, se construyó un gran mercado junto a la plaza principal —a la que por imitación de la de México dieron en llamarle zócalo—, se construyó un ala adicional al Palacio Municipal, en la que se instaló el Cuartel de Rurales y se decoró la Sala de Cabildos al estilo de la época. Además, se preocupó por mantener en buenas condiciones el camino de herradura a Papantla y los Rurales se encargaron de su seguridad.

Como en todos los pueblos del país durante el gobierno de don Porfirio, en la Plaza se erigió una estatua de bronce en honor de don Benito Juárez, al que él tanto había combatido.

El jefe Machorro fundó algunas escuelas rurales en los barrios indígenas y en el centro de la ciudad la escuela "Mucio Martínez", de modo que en 1908 había en la cabecera municipal dos escuelas oficiales para niños y tres para niñas, y en los barrios seis escuelas rurales, que daban educación en conjunto a 395 niños. Pero había también 16 escuelas particulares con 690 alumnos. Las escuelas particulares más prestigiadas eran las de doña Inesita Cantú y la que estableció en 1894 doña Herlinda Ortuño, ambas para niñas. Se concretaban a enseñar a leer y escribir, con excelente caligrafía, las cuatro operaciones y "labores del hogar" pero, además, muchas aprendían a tocar el piano. Para los varones, a los que se daba mayor preparación, las principales escuelas, eran la de don Tránsito G. Gallo, "Luis de la Cavada", que se esforzaba en difundir el esperanto como idio-

ma universal y, sobre todo, la de don Antonio Audirac, fundada en 1887, que estableció en su finca "Francia" una escuela granja. Los injertos experimentales de árboles frutales tuvieron notable éxito.

A los oficios y artesanías tradicionales se agregaron algunas, como la fabricación de escobas y cepillos de raíz de zacatón y, desde luego, varios talleres familiares de puros. Existían algunas factorías mayores, como la de cigarros llamada "El Buen Gusto", de don Manuel Lapuente, que daba empleo a más de 30 trabajadoras. De este modo, se agregaba el eslabón final a la cadena productiva puesto que se expedía el tabaco como producto terminado. Pero al llegar el ferrocarril no pudo afrontar la competencia de las cigarreras de México, por lo que cerró su fábrica y se asoció al "Buen Tono". Había también una fábrica de jabón y una de gaseosas.

Durante muchos años don Manuel Lapuente había actuado como corresponsal del Banco de Londres y México y del First National City Bank, pero dada la importancia financiera que había adquirido la plaza, en 1906 el Banco Nacional de México estableció una sucursal en 1906 y, poco más tarde hizo lo mismo el Banco de Oriente.

Las diversiones

Se ha dicho que en los pueblos lluviosos y fríos la gente es muy retraída, pero en Tezuitán todo parece indicar que no es así.

A lo largo del año se celebraban fiestas populares en los barrios; por ejemplo en la "Cruz Verde", con su palo encebado o la de San Antonio, en Santecomaco, con la bendición de los animales y muchas otras, amén de las de Semana Santa, Navidad y Año Nuevo. Además nunca faltaban las fiestas y bailes en las bodas, bautizos, días de santo —no cumpleaños— y cualquier otro pretexto. Y, desde luego, los domingos, cuando la lluvia lo permitía, a dar vueltas al

zócalo; las muchachas en un sentido y los hombres en otro contrario, mientras la Banda Municipal animaba la tarde desde el kiosco "estilo morisco" recién inaugurado y los tordos buscaban sus nidos en los frondosos truenos con gran algarabía.

El Teatro Victoria conoció su época de esplendor. Venían de México con frecuencia compañías de teatro que presentaban un variado repertorio, sobre todo de operetas y zarzuelas. Estas eran las grandes ocasiones para que la sociedad teziuteca luciera sus mejores galas. En algunas casas se recibían revistas europeas, como *La Moda Elegante*, y las costureras lugareñas confeccionaban los últimos modelos que aparecían en ellas.

Pero, además, cuando la ocasión lo ameritaba, acondicionaban el teatro como salón de baile colocando un entarimado arriba del lunetario. Ahí se dieron fastuosos bailes, como los que fueron llamados The Rosa y The Azul, a los que iban las damas vestidas con esos colores. El primero de ellos se ofreció en 1891, en honor del Gral. Mucio Martínez, entonces jefe de la Zona Militar y después, como vimos, gobernador sempiterno del estado. Pero el baile en que derrochó la sociedad teziuteca toda su euforia y triunfalismo fue el que se organizó para recibir al nuevo siglo en 1900.

El funcionamiento del Teatro terminó cuando por los trastornos que acarreó la Revolución dejaron de venir las compañías de cómicos.

El cine en Teziutlán tiene su propia historia. A fines del siglo XIX empezaron a llegar de vez en cuando algunos empresarios ambulantes que con su proyector y su pantalla iban de pueblo en pueblo. El primero de éstos se instalaba en un jacalón situado frente al zócalo, que sin ninguna modestia se llamaba Salón de Cinematógrafo y exhibía las únicas películas que había entonces, que eran pequeñas cintas que duraban solamente dos o tres minutos. La temporada permane-

cía unos cuantos días, con gran éxito entre los muchachos y chiquillos. Posteriormente, una compañía denominada "Toscano y Barreiro" alquilaba el Teatro Victoria por temporadas de uno o dos meses y daba funciones dos veces por semana, pero incluía, además de las películas cortas, una que duraba hasta quince minutos.

Después de dos o tres temporadas en las que se encargó del espectáculo don Carlos Desfasiaux, regresó don Ramón Barreirio con temporadas más largas y la innovación de presentar una orquesta que tocaba durante la proyección.

Así se mantuvo hasta que doña Chalía Fontecilla, quien había adquirido el teatro en 1903, lo vendió en 1913 a una empresa formada por los teziutecos Ernesto Zorrilla y Joaquín Córdova. Éstos proyectaban ya películas de largometraje producidas en Europa, que al fin atrajeron al público adulto. Tales fueron, por ejemplo, "Espartaco", "La Rosa Roja", "Marco Antonio y Cleopatra", "Los últimos días de Pompeya" y muchas más. Pero la que alcanzó un éxito extraordinario, al grado de que en su estreno hubo que repetirla tres veces, fue la primera película filmada en Teziutlán que mostraba varios lugares de la ciudad y, sobre todo, paseando por la Plaza a algunas de las bellezas lugareñas que el público reconoció: Clementina Lavalle, Chanita Cabada, Raquel Rivera, Mela Gómez, Lolita Bandala, las hermanas Mayaudón Richtter y varias más.

Sin embargo, la sociedad de Zorrilla y Córdova no duró mucho y en 1914 vendieron el local a un señor Núñez venido de tierra caliente, quien lo denominó Teatro Núñez y siguió ofreciendo cine.

Además del Teatro Victoria, existieron en aquella época otras salas de cine como el Salón Independencia, de don Manuel Abascal, el Salón Cosmopolita de don Salvador Narcio y varias otras que tuvieron efímera vida.

También, de vez en cuando, llegaban los circos. A finales del siglo XIX eran unos modestos cirqueros que levantaban su carpa a un lado del Palacio Municipal. Pero más tarde, cuando ya se pudo viajar en tren, llegaron circos de mayor categoría que se instalaban en la explanada vecina a la estación del ferrocarril, como el de los Hermanos Esqueda o de los Hermanos Atayde, el Circo Treviño o El Metropolitano, del gran payaso "Pepino".

Además, en el teatro se presentaron los famosos títeres de Los Hermanos Rosete Aranda de fama nacional, y en otras ocasiones, transformistas, prestidigitadores y otros espectáculos por el estilo.

No faltaban tampoco las corridas de toros. Fue famosa la tarde en que torearon los diestros Almanseño y Vela. Para emularlos los empresarios contrataron a Vicente Segura, que gozaba de buena fama y había vivido durante su juventud en Teziutlán, por lo que se esperaban de él grandes hazañas, pero resultó un completo fracaso; la tarde se la llevó un banderillero al que apodaban "la pulga de Triana". Otros toreros con cartel que visitaron la "Perla de la Sierra" fueron Carlos Lombardini, Antonio Márquez, apodado "el Portaleño", el banderillero Francisco Berea, alias "Camiserito" y muchos otros. Como se usaba en aquellos tiempos, se incluían en las corridas, payasos, el salto con garrocha, los hombres gordos o "empajados", etc. Después se suprimieron las corridas, no sólo por los trastornos de la Revolución, sino porque al llegar al poder don Venustiano Carranza las prohibió.

Pero a tanto llegó el entusiasmo taurino que se formó una cuadrilla de teziutecos encabezada por Telémaco Cobos, "Telémacos" de sobrenombre, de oficio talabartero, pero no tuvo mayor suerte.[28]

[28] Los datos están tomados de artículos publicados en *Así es Puebla*, en mayo de 1956, que, según ahí se advierte, son parte de un libro en preparación de don Ignacio Machorro.

La Revolución

Pero como si todo este largo periodo de prosperidad y optimismo hubiese sido un cuento de hadas, de pronto, cuando menos lo esperaba la sociedad teziuteca, todo desapareció: estalló la Revolución.

Lo mismo pasó en todo el país. A los brillantes festejos del centenario de la Independencia organizados por el gobierno porfirista siguió el levantamiento armado en el Norte y, antes de un año de la apoteosis de D. Porfirio, tuvo que salir para el destierro en mayo de 1911.

Como sabemos, después de un breve interinato en la Presidencia, de don Francisco León de la Barra, fue electo don Francisco I. Madero, pero diez meses más tarde, en febrero de 1913, el Gral. Victoriano Huerta lo derribó y lo mandó asesinar. Contra Huerta se levantaron don Venustiano Carranza, Francisco Villa, Emiliano Zapata y muchos más, iniciando así una sangrienta guerra civil que se prolongó hasta el triunfo de los ejércitos revolucionarios en julio de 1914.

En la zona de Teziutlán, desde 1911, empezaron a aparecer partidas de revolucionarios a las que se unieron algunos teziutecos. Pero al alcanzar el triunfo los revolucionarios se dividieron y empezaron a luchar entre sí, hasta que al fin, Villa fue derrotado en Celaya por Obregón y Zapata asesinado. Pero pasarían muchos años antes de que la paz volviera a reinar en el país.

La Revolución triunfante

En realidad, en Teziutlán, como en todas partes, bajo el brillo del progreso había ido fermentando un creciente resentimiento por los agudos desequilibrios económicos y la injusticia social imperantes. Algunos, sobre todo los profesores, leían a los líderes anarquistas como Flores Magón y, ya sea a través de ellos o directamente, conocían a escritores socialistas europeos. El director de

la Escuela Hidalgo, enclavada en el Barrio Alto, el profesor Efraín Pozos, era entre ellos el más destacado y quien se convirtió en el principal propagandista de Madero y de las ideas de la Revolución. Se acentuó así la vieja división, no sólo social, sino también ideológica, entre el barrio de San Rafael y el Centro, que se perpetuaría por muchas décadas.

A la caída del Gral. Díaz y durante la campaña electoral de Madero, hubo intranquilidad y no pocas disputas entre la población sin que ello pasara a más, pero a poco de haber comenzado la Revolución carrancista, en junio de 1913, atacó a la ciudad una fuerza proveniente de la Huasteca encabezada por el Gral. Antonio Medina. La plaza estaba ocupada por el Batallón Zaragoza del Ejército Federal, al mando del coronel Alberto Guevara, que rechazó el ataque.

Durante muchos meses se mantuvo esta situación de asedio de los revolucionarios mientras las tropas federales, aprovechando la posición topográfica de la ciudad, repelían sus ataques. Ha sido ésta la época más calamitosa para Teziutlán. La población se vio involucrada en la lucha, algunos fueron obligados a servir en el Ejército, otros se unieron a los revolucionarios. Entre estos últimos hay que señalar a los hermanos Ávila Camacho. El Profr. Pozos armó a un grupo de sus alumnos, que no pasaban de once años, quienes apoyaron a las tropas del Gral. Medina y participaron en muchos combates, perdiendo la vida varios de ellos.

En una de las acometidas de los revolucionarios, atacaron por uno de los pocos puntos accesibles, que es el barrio de San Francisco, atrincherándose en la capilla y, para contenerlos, los federales se parapetaron en el Hospital Guadalupano, que pronto se llenó de heridos de ambos bandos y esta situación se prolongó durante dos semanas.

Con la ciudad prácticamente sitiada, faltaban los suministros más esenciales, por lo que se padecía hambre y toda clase de necesidades.

Por fin, el 14 de julio de 1914, Huerta abandonó la Presidencia y huyó del país y el ejército porfirista prácticamente se desintegró. Así, después de más de un año de asedio y penalidades, el 29 de ese mes entraron las fuerzas revolucionarias a Teziutlán. Tampoco faltaron aquí las disputas entre los vencedores y el frecuente cambio de manos de la población entre las distintas facciones, pero al fin el Gral. Medina, nombrado Jefe de la 3a. División del Ejército de Oriente, quedó como comandante de la plaza y única autoridad por mucho tiempo y retornó la ciudad a una relativa aunque atemorizada tranquilidad.

El Jefe Político, don Francisco Machorro, había dejado el puesto en 1913 y fue sustituido por muy breve tiempo por el señor Jesús Ortega, ya que ese cargo fue suprimido, como lo habían reclamado los revolucionarios.

El secretario del general Medina, el Lic. Manuel L. Márquez, puso todo su empeño en reanimar la vida social durante estos años. Editó el periódico *El Eco de la Sierra* y organizaba fiestas y reuniones para establecer buenas relaciones entre los vecinos y la tropa, pero ésta no siempre le ayudaba y no faltaron actos de violencia e incidentes desagradables, sobre todo cuando se exigía a algunos comerciantes su contribución para la causa.

El 14 de septiembre de 1915 D. Venustiano Carranza hizo una extraña visita a Teziutlán. Ante el avance de Villa y Zapata sobre la capital de la República el Primer Jefe de la Revolución tuvo que abandonarla. Acompañado de sus principales generales y un grueso contingente de soldados tomó el tren de Veracruz y en Oriente el ramal de Teziutlán. Pero ahí encontró graves dificultades porque este tramo era de vía angosta y no podían correr por él los vagones que

conducían la tropa, de tal modo que sólo los jefes y una guardia pudieron llegar a Teziutlán.

Fue recibido por el Gral. Medina y multitud de vecinos; rodeado de su séquito desfiló a pie hasta el Palacio Municipal, donde desde el balcón pronunciaron discursos tanto él como el Gral. Alvaro Obregón. A continuación tuvo una larga junta con su Estado Mayor y al día siguiente tomó el tren de regreso para continuar el viaje hacia Veracruz. Tal vez en algún momento pensó fijar su residencia provisional en Teziutlán pero, ante la dificultad para hacer llegar las tropas, optó por Veracruz que, desde luego, ofrecía muchas otras ventajas. Pero, al menos por una noche, Teziutlán fue la capital de la República.

Aquella fatídica década terminó con otra gran desgracia: la influenza española. Ésta cobró muchas más vidas que la Revolución. Hubo días en los que para trasladar los muertos al panteón, colocaban las plataformas del tranvía en distintos puntos de la ciudad para que ahí los depositaran y así conducirlos.

Por otra parte, entre 1911 y 1914 la mina La Aurora tuvo que paralizar sus actividades, ya que se hizo imposible el uso del ferrocarril para trasladar el mineral. Cuando reinició su trabajo no alcanzó ya los índices de producción anteriores. Entre 1930 y 1933 volvió a cerrar por problemas de producción y en 1939 lo hizo definitivamente, quedando a la postre sólo como una pequeña fundición. Las casas de los empleados fueron poco a poco desmanteladas y el pueblo de Aire Libre quedó reducido a un mínimo caserío.[29]

Las secuelas de la Revolución

Según el censo de 1920, la ciudad tenía 11,730 habitantes. A pesar de todas las desgracias sufridas, sólo perdió poco más de un centenar de vecinos, pero la población se había trasformado profundamente.

[29] Datos tomados de *Historia de un Tren.*

Durante los trastornos algunas familias se fueron a vivir a Puebla o a México. De los principales protagonistas de la época anterior, don Manuel Zorrilla había emigrado a Puebla, don Manuel Lapuente había muerto, don Vicente Lombardo Carpio había perdido gran parte de su capital y así sucesivamente. Pero en cambio llegaron durante estos tiempos familias de tierra caliente que por los mismos motivos dejaban sus lugares de origen.

Fue también por estos años cuando empezaron a llegar inmigrantes extranjeros que se dedicaron casi en su totalidad al comercio. Ya no era la figura del terrateniente-comerciante-financiero, de la que sobrevivían algunos personajes, sino el comerciante dedicado exclusivamente a la venta de algún tipo de productos.

Las pugnas políticas

En la década de los años veinte la guerra civil había terminado, pero no había llegado la paz. Las principales exigencias de la Revolución —el reparto de la tierra, los derechos de los trabajadores, la nacionalización del petróleo, las restricciones a la Iglesia, la educación popular— fueron consagradas jurídicamente en la Constitución de 1917, pero los gobiernos de Carranza, Obregón y Calles poco hicieron para llevarlas a la práctica, ya que ello les hubiera causado problemas, sobre todo con Estados Unidos. La falta de estas reformas provocó desavenencias y pugnas dentro del grupo revolucionario.

En Teziutlán, estas divergencias produjeron profundas divisiones en la sociedad que se polarizaron, como ya era tradicional, entre la gente del Barrio Alto y la del Centro. Llegó un momento en que se estableció una verdadera frontera en el lugar conocido como La Campana, en la calle de Abasolo, que muchos, de uno y otro bando, no se atrevían a cruzar. Un síntoma muy claro del estado de agita-

ción y anarquía al que se había llegado, lo marca el hecho de que durante la década de los años veinte hayan ocupado la presidencia municipal nada menos que 34 individuos —más de tres por año, en promedio—, sólo en el año de 1924 hubo ocho presidentes.

Los enfrentamientos ya no eran principalmente con los viejos porfiristas, que se encontraban diezmados y se habían replegado, sino entre los partidarios de la política oficial de moderación y el grupo socialista que se formó en torno al Lic. Vicente Lombardo Toledano y que encabezaba en el Barrio Alto don Benigno Campos.

Vicente Lombardo Toledano era nieto del italiano que descubrió el mineral de La Aurora. Nació en Teziutlán en 1894, hizo sus primeros estudios con el profesor Audirac y después una brillante carrera en la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad Nacional. Apenas egresado de ella, José Vasconcelos, quien fuera Secretario de Educación en el gabinete del presidente Alvaro Obregón, lo nombró Director de la Escuela Nacional Preparatoria, que gozaba en aquel entonces de gran prestigio. Pero supo combinar sus labores intelectuales con su actividad política, uniéndose al movimiento sindical en la Confederación Regional de Obreros Revolucionarios de México (CROM) y ocupó varias veces una curul en la Cámara de Diputados por el Partido Laborista Mexicano. La tesis de Lombardo era que por medio de la colectivización de la tierra a través de los ejidos, de la participación política de los sindicatos y de una cada vez mayor intervención del Estado en la vida económica del país, la revolución mexicana debería evolucionar gradual y pacíficamente hacia un régimen socialista.

Pero si en todo el país las reformas revolucionarias avanzaban poco, en Teziutlán, por sus peculiares condiciones, eran algo imposibles de llevar a la práctica; no existían latifundios que pudieran

repartirse y, por lo mismo, nunca se formaron ejidos, y tampoco había un número de obreros suficiente para organizar sindicatos. Los que se crearon fueron puramente nominales, ya que la producción era fundamentalmente artesanal y se realizaba en talleres familiares. Lombardo explicaba esto en términos geopolíticos, afirmando que se debía al individualismo que es propio de los pueblos que viven en lugares montañosos que dificultan la comunicación entre ellos. Lo cierto es que Teziutlán era un centro comercial pero no industrial.[30]

Como quiera que sea, el grupo lombardista sólo pudo organizar en 1918 una "Unión de Obreros", que agrupaba principalmente artesanos y creó algunas cooperativas entre ellos. En esas condiciones, a falta de la lucha social y económica, ésta se concretó casi exclusivamente a la pugna política, que alcanzó gran virulencia, disputándose el control del Ayuntamiento, que, por lo demás, tampoco tenía mayor importancia, ya que su poder era mínimo y su capacidad económica aún menor; no tenía en esos años ni siquiera para pagar el alumbrado público.

A pesar de todo, el 1 de mayo de 1924, los socialistas fueron capaces de reunir varios miles de manifestantes quienes demostraban la fuerza que tenían y que provocó en sus enemigos el empeño en reprimirlos. Así, los enfrentamientos entre ambos se hicieron frecuentes. En 1926, por ejemplo, la policía atacó a un grupo que se encontraba reunido en casa de don Benigno Campos después del desfile del Día del Trabajo. Varios trabajadores resultaron heridos y otros fueron llevados presos. Esto dio lugar a que los agredidos, encabezados por las mujeres de los detenidos, atacaran el Palacio Municipal, produciéndose una balacera que obligó a las autoridades a liberar a los presos. Enfrentamientos como éstos se repitieron en

[30] Lombardo Toledano, Vicente. "Estructura Económica de la Sierra de Puebla". Teziutlán. Artículo recopilado en el libro de Audirac, *op.cit.*

varias ocasiones y el gobernador del estado, Claudio N. Tirado, envió a la Policía Montada para reforzar la represión. En uno de tales choques, en 1927, perdieron la vida los trabajadores Maximiliano Campos y Alfonso Galván.

Ante esta situación, Vicente Lombardo pidió —y obtuvo— en la Cámara de Diputados la caída del Gobernador de Puebla y la desaparición de los Poderes. Por su parte, en la ciudad, ante el clima de violencia que se vivía, algunos vecinos de ambos barrios establecieron pláticas para restablecer la tranquilidad. Llegaron así a un curioso acuerdo de paz por el cual, además de otras cosas menores, se estipuló suprimir la "frontera" de La Campana, establecer una escuela en el curato y colocar, con la cooperación de todos, un reloj en la capilla de San Rafael como símbolo de concordia.

El conflicto religioso

En algo sirvió este acuerdo, pero desde 1926, los problemas empezaron a complicarse porque se recrudeció el conflicto entre la Iglesia y el Gobierno, que se venía gestando desde la promulgación de la Constitución de 1917, que en su artículo 130 imponía severas restricciones a las prácticas religiosas. En 1926 se promulgó la Ley de Cultos, que hacía aún más estrictas esas limitaciones y el gobierno del Gral. Plutarco Elías Calles se dispuso a hacerla efectiva.

Como respuesta, la Iglesia decidió la suspensión de actos religiosos públicos y cerró las iglesias. Esto, a su vez, dio origen a la Cristiada; el levantamiento armado que se produjo en algunas regiones del país, principalmente en el Bajío y en los Altos de Jalisco.

Estos sucesos provocaron en Teziutlán, como era natural, desazón y temores. Era párroco el padre Marcial Aguilera, que oficiaba misa, supuestamente en secreto, en casas particulares y en otras

ocasiones, tanto él como su vicario, el Pbro. Jesús Paredes, tenían que ocultarse ante los rumores de que iban a ser aprehendidos. Así pasaron más de dos años, hasta que el entonces presidente de la República, Lic. Emilio Portes Gil, llegó a un arreglo con los obispos y el 21 de julio de 1929 se abrieron las iglesias y se reanudó el culto.

Como suele suceder en tales circunstancias, en ambos bandos quedaron algunos descontentos con la solución dada al conflicto. Sin embargo, por lo pronto, se alcanzó una difícil pero pacífica convivencia entre ambas instituciones.

La organización eclesiástica

A poco de haberse reanudado los cultos y como muestra de su regularización, hizo una visita pastoral a Teziutlán el arzobispo de Puebla, don Pedro Vera y Zuria, quien designó como nuevo párroco al Pbro. Pedro Montero y Vázquez.

Al parecer, desde años antes, el arzobispo de Puebla, a cuya jurisdicción pertenecía la Sierra, y el de Veracruz, don Rafael Guízar y Valencia, que la ejercía sobre la región de Papantla, habían llegado a coincidir en la conveniencia para su mejor atención, de integrar entre ambas zonas una nueva diócesis y para promoverla y organizarla fue designado monseñor Nicolás Corona, oriundo de Autlán, Jalisco.

En un principio, se pensó que la sede de la nueva diócesis se estableciera en Papantla, por ser la ciudad más céntrica dentro de ella. Sin embargo, a los inconvenientes del clima y las dificultades de comunicación con el centro de la República, vino a sumarse la hostilidad de algunos grupos anticlericales de Papantla. Contaba también el hecho de que el templo de la parroquia de Teziutlán ofrecía mejores condiciones para ser elevado a rango de catedral, que el de Papantla. En atención a estas consideraciones, el 31 de julio de

1931 se erigió la diócesis de Papantla, pero fijando su sede en Teziutlán. Sin embargo, la consagración de la catedral se llevó a cabo hasta el 17 de agosto de 1939. Como primer obispo fue nombrado don Nicolás Corona, quien la regiría hasta su muerte, acaecida el 7 de enero de 1950.

En el aspecto material, el edificio dio nuevos problemas. El 25 de julio de 1937 se produjo un temblor de tierra y, aunque no ocasionó ningún derrumbe, dañó seriamente la estructura de la iglesia. Un año le llevó al entonces párroco, Mons. José Cabezas, realizar las reparaciones necesarias, lo que aprovechó para cambiar la ornamentación del altar mayor. Coronó su obra colocando una gran campana que hubo que subir a pulso con el esfuerzo de centenares de feligreses.

Posteriormente se le han hecho otras mejoras al templo, tales como los vitrales de las ventanas, los altares laterales, el arreglo de la fachada, etcétera.

Por último, un decreto presidencial del 14 de agosto de 1945, ordenó que fuera derruido el curato y otras dependencias adyacentes para abrir una nueva calle.

La segunda Cristiada

En diciembre de 1934 llegó a la presidencia de la República el Gral. Lázaro Cárdenas, poniendo así fin al control que ejercía sobre el Gobierno el Gral. Calles y adoptó una línea política distinta a la de éste, orientada a llevar a la práctica los postulados de la Revolución, hasta entonces siempre aplazados. Conforme, por otra parte, con la tesis de una evolución paulatina hacia el socialismo, se pensó que la forma más adecuada para lograrlo sería imprimiéndole una orientación socialista a la educación. Con este propósito se reformó el

artículo 3° Constitucional, haciendo obligatorios los planes de estudio elaborados por la Secretaría de Educación Pública en todas las escuelas primarias y secundarias, incluidas las particulares.

Esto provocó una fuerte reacción por parte de los católicos que cerraron sus escuelas o las mantuvieron de modo más o menos clandestino y, en algunos lugares se produjeron nuevos levantamientos armados, aunque mucho más débiles y dispersos que en 1927. Pero, en esta ocasión afectaron más de cerca a Teziutlán.

Un grupo de cristeros, al parecer venido de otras partes, se hizo fuerte en el cerro de Colihui, cercano a la ciudad y a primera hora de la noche del viernes santo de 1935, cuando la plaza se encontraba llena de gente, empezaron a disparar desde el barrio de Francia. Sin embargo, fuera del pánico que ocasionó el ataque, no tuvo mayores consecuencias.

Pero el 15 de noviembre de ese mismo año, otro hecho horrorizó a la población; en una acción incalificable fueron asesinados en sus escuelas, en presencia de sus alumnos, tres profesores rurales: Carlos Sayago Hernández, en La Legua; Carlos Pastrana Jiménez, en Ixtipan y Librado Labastida Navarrete, en San Juan Xiutetelco.

A los pocos días, fueron exhibidos en la Plaza los cadáveres de tres individuos que se dijo habían sido los autores de esos crímenes y muertos al enfrentar a la policía.

Al cabo de algún tiempo los guerrilleros del Colihui fueron derrotados por el Ejército y así acabó aquella lamentable aventura.[31]

Por lo que hace al problema educativo, a partir de 1936, aunque no se reformó la Constitución, las autoridades mostraron una gran flexibilidad en la aplicación de las leyes, por lo que pronto las escuelas religiosas volvieron a trabajar con toda normalidad.

[31] Todos estos hechos constan en la prensa de ese tiempo.

Aunque muchas cosas habían cambiado, tan pronto como pasó lo más álgido de la Revolución, la vida de la ciudad fue buscando sus cauces. La agitación de los años veinte, aunque causó zozobra en la población, no impidió que ésta reanudara sus actividades. No volvieron el teatro y los grandes bailes y ceremonias, pero sí las fiestas populares tradicionales. El Teatro Victoria, que adquirieron los empresarios poblanos Espinoza e Iglesias y bautizaron con el nombre de Teatro Variedades, se dedicó exclusivamente al cine, salvo una breve temporada de opereta que trajo la compañía de la entonces popular cantante Esperanza Iris. Los pocos circos que llegaban eran bastante pobres y no había ningún otro espectáculo digno de mención.

En cambio, en estos años la literatura tuvo un buen momento. Nombrado capellán del Carmen, vino a vivir a Teziutlán, prácticamente exilado, el Pbro. Federico Escobedo, un poeta clásico ampliamente reconocido. Cuando los revolucionarios tomaron Puebla el padre Escobedo fue nombrado por ellos administrador de la Mitra, lo cual le valió la animadversión de sus superiores.

Por su parte, don Ernesto Bello, haciendo un esfuerzo heroico, alcanzó a editar varios números de la revista literaria *Hojas de Acanto*. En estos mismos tiempos, fueron casi contemporáneas tres teziutecas que destacaron en el campo de las letras, la Dra. María del Carmen Millán, doña María Lombardo de Caso y Elenita Molina, aunque sólo esta última residió aquí.

La música siempre ha tenido gran afición del público y destacados intérpretes. El más afamado en el siglo XIX fue don Miguel Ríos Toledano, quien dio prestigio nacional a la Banda de Zapadores y fue autor de varias composiciones muy difundidas. Ya a principios de la pasada centuria la academia de piano "Virgil", que dirigía doña Cris-

tina F. de Corona y poco después, el profesor catalán don Miguel Muntadas, adiestraron a numerosos alumnos en ese instrumento. En esta época también destacó como músico don Hilario Hernández, cuya hija, Lupita, después de perfeccionar su técnica en el Conservatorio en México, ha llegado a ser notable pianista y se ha encargado durante muchos años de formar nuevas generaciones y mantener el aprecio por la buena música.

Otra manifestación cultural importante la constituyen las publicaciones informativas más o menos periódicas, que han sido desde el siglo XIX muy numerosas, pero de corta vida. Sólo el *Oriente* ha logrado una larga permanencia.

Por lo demás, los gobiernos revolucionarios dieron mayor impulso a la educación y se establecieron también nuevas escuelas particulares como la de don Luis Barrientos y la de don Fernando y Elenita Montoya.

El mundo de los negocios

En el mundo de los negocios los comerciantes extranjeros que se habían establecido recientemente, cubrían no sólo el mercado local, que seguía siendo muy limitado, sino también el de tierra caliente. Ya no como en los viejos tiempos, cargando grandes baúles, sino simplemente una libreta para levantar pedidos. Otros comerciantes, nacionales o españoles, hicieron fortuna principalmente en el ramo de abarrotes, como fue el caso de don Miguel Barrientos o los hermanos Delgado. Hubo unos años, a fines de los treinta y durante los cuarenta, en los que se pensó que se había encontrado una nueva fuente de producción en el cultivo y exportación de ciruelas, que gracias a los injertos de don Luis Audirac, se aclimataron muy bien en diversas y exquisitas variedades.

Algunos agricultores emprendedores, como don Tomás Conde,

don Hermenegildo Cadena, don Patricio Martínez y otros, sembraron amplias huertas, pero al ser una fruta muy delicada, no pudieron resolver los problemas de su almacenamiento y transporte y el costoso proyecto al final fracasó.

Pero el antiguo modelo de hacendado-comerciante-financiero, después de los quebrantos que sufrió durante el conflicto armado, encontró, sobre todo a partir de los años treinta, nuevas oportunidades de desarrollo. Por una parte, mejoraron los caminos; aunque de terracería, hubo ya carreteras a Perote, para entroncar con la de Veracruz a México y otra, construida por una cooperativa que, aunque en pésimas condiciones, permitía llegar en automóvil hasta Nautla y Papantla. Además, se abrieron varias brechas vecinales para unir los pueblos cercanos. Asimismo, mejoró el servicio telefónico y se introdujo la transmisión por radio que, desde luego, fue utilizada con fines comerciales y de comunicación local. Todo esto permitió manejar las operaciones comerciales con mayor agilidad y eficacia y que algunos empresarios trasladaran la ubicación de sus empresas a la capital de la República. Incluso, les hizo posible prescindir de intermediarios, estableciendo contacto directo con los compradores de sus productos, aún en Estados Unidos, como era el caso de la empresa McCormick de Nueva York, que adquiría la vainilla.

Por lo que hace al crédito, éste se canalizó cada vez más a través de los bancos. En 1934 volvió a abrir su sucursal el Banco Nacional de México y después lo hicieron otros. Sin embargo, algunas de las viejas relaciones de amistad y confianza entre comerciantes y productores se conservaron y, en otros casos, estos últimos, que según los criterios bancarios no eran sujetos de crédito, recurrían al financiamiento de particulares. Así, en alguna medida, las antiguas relaciones financieras y comerciales continuaron y aún se extendieron.

Lo que más favoreció esta recuperación fue la coyuntura internacional. Durante la década de los años treinta, la situación política en Europa se hizo cada vez más tensa y, abierta o subrepticiamente, las principales potencias iniciaron una carrera armamentista que desembocó en 1939 en la segunda Guerra Mundial, que se prolongó hasta 1945. Los países comprometidos en estos hechos, no sólo redujeron su participación en los mercados mundiales, sino que requirieron cada vez más materias primas, algunas de las cuales importaban de México. Esto y la abundancia de capital extranjero que buscaba aquí un refugio seguro, dieron al país una época de bonanza.

En estas condiciones, aumentó el volumen de producción de los artículos de la región y mejoraron sus precios. El ejemplo que mejor ilustra este fenómeno es el de la vainilla. La única zona del mundo que competía con la de Papantla era Madagascar, pero la guerra impidió que ésta llegara a los Estados Unidos, por lo cual la de Papantla alcanzó precios extraordinarios. Aunque no de modo tan directo, y con muy diversas modalidades ocurrió con productos como el tabaco, el café, el azúcar, el ganado, etc. Estas condiciones permitieron a muchos de los terratenientes y comerciantes que habían sobrevivido a la Revolución, obtener considerables ganancias, fue el caso de don Manuel de la Sierra y de don Rufino Cagigal. Desgraciadamente, por falta de posibilidades de inversión, estos capitales no siempre quedaron aquí.

Por ello, a pesar de esta bonanza, en 1940 la población sólo llegó a 12,591 habitantes; ni siquiera más de mil en relación con los 11,646 que tenía en 1930. Esto revela que el modelo económico adoptado era capaz de crear puestos de trabajo en la zona aledaña de Veracruz, pero Teziutlán más bien exportaba personas que buscaban empleo.

La reforma agraria

Graves consecuencias tuvo en la región el cumplimiento de otra de las principales promesas de la Revolución: la distribución de la tierra.

En Teziutlán y sus alrededores ésta no produjo efectos ya que, como hemos visto, el problema aquí no era el latifundio sino precisamente lo contrario, el minifundio de los solares indígenas. Pero sí alcanzó grandes proporciones en la faja costera de la que dependía Teziutlán en gran proporción, como hemos dicho.

La expropiación de latifundios y la distribución de tierras para constituir ejidos se inició durante el régimen cardenista en otras partes de la República, como La Laguna, en Cohauila, pero eso bastó para sembrar el temor entre los terratenientes de esta zona, como en los de todo el país. La reacción de éstos para mejor proteger sus intereses fue muy diversa. Algunos lograron dividir y vender, al menos, una parte de sus propiedades, otros las dividieron entre sus descendientes, de tal modo que las fracciones fueran pequeñas propiedades, otros trataron de obtener certificados de inafectabilidad por ser pequeñas propiedades o explotaciones ganaderas y la mayoría, por último, sufrieron la afectación en alguna medida.

Lo importante es que, cualquiera que haya sido el caso, el sistema de explotación de la tierra basado en las haciendas y toda la organización económica y financiera derivada de él se vino abajo. En adelante surgirían formas de explotación de la tierra y procedimientos comerciales y financieros totalmente distintos.

En lo que se refiere a las fuentes de crédito, ya fueran bancarias o de particulares, el Gobierno tuvo que entrar directamente a sustituirlas a través del Banco de Crédito Agrícola y Crédito Ejidal. Los métodos de comercialización también se alteraron profundamente.

En el caso del tabaco, por ejemplo, las grandes compañías tabacaleras entraron a sustituir a los antiguos intermediarios.

Así, el modelo de organización económica basado, como hemos dicho, en la conjunción de la propiedad de un rancho o hacienda con la refacción financiera a otros agricultores y la comercialización de los productos de esas actividades, que se había formado desde hacía tanto tiempo y del cual Teziutlán era el centro, acabó por desaparecer: su ciclo se había agotado.

Incluso, las técnicas modernas han permitido atenuar las consecuencias del clima de la tierra caliente, que era otro de los factores de atracción de Teziutlán. Gracias a las campañas sanitarias, el paludismo y otras enfermedades endémicas, prácticamente han desaparecido y quienes tenían recursos para ir a vivir a un clima más benigno, los tienen ahora para instalar sistemas de refrigeración y aire acondicionado.

Conservó, sin embargo, su posición de enlace entre el centro del país y ese sector de la costa, pero cuando se abrió la carretera directa de México a Poza Rica y Papantla por Huahuchinango, perdió también el tránsito con esa región. Lo mantiene, sin embargo, con la zona más próxima, que se extiende hasta Nautla, cuya población y riqueza ha crecido aceleradamente y han surgido nuevos centros urbanos, como Martínez de la Torre. La carretera construida en los años cuarenta vino a facilitar la comunicación con esta región pero, aunque ella ha traído incuestionables ventajas, también ha permitido que, en buena parte, las mercancías pasen sin hacer escala en Teziutlán, perdiendo así su tradicional función de enlace.

Teziutlán en el poder

Los hermanos Ávila Camacho, que desde una época muy temprana se unieron a la Revolución, habían hecho una exitosa carrera militar y política. En 1937 el Gral. Maximino Ávila Camacho llegó a gobernador de Puebla, don Manuel fue designado Secretario de la Defensa Nacional en el gabinete del presidente Lázaro Cárdenas y de 1940 a 1946 ocupó la Presidencia de la República. Posteriormente, de 1951 a 1957 el Gral. Rafael Ávila Camacho ocupó la gobernatura de Puebla.

El ascenso a tan importantes cargos y las frecuentes visitas que hacían a su tierra los señores Ávila Camacho, se empezó a traducir en beneficios para Teziutlán.

Una de las primeras acciones de Maximino como gobernador fue la de patrocinar la organización, en 1937, de la feria regional, que se realiza anualmente alrededor del 15 de agosto que es la fiesta patronal de la Virgen de la Asunción. La idea central fue la de efectuar —como se sigue haciendo— una exposición de los productos de la zona con el propósito de promover su venta. No parece que en este aspecto la feria haya tenido mucho éxito, pero hay corridas de toros, jaripeos y bailes, y la gente se divierte aunque llueva.

El mejoramiento material de la ciudad comenzó por los servicios públicos. Se reconstruyeron y ampliaron las redes de agua potable y alcantarillado, se construyeron excelentes escuelas, como el Centro Escolar Manuel Ávila Castillo y poco después el Internado indígena Gral. Juan Francisco Lucas y la Escuela Prevocacional.

Estas obras continuaron con mayor razón, cuando don Manuel ocupó la presidencia de la República y, poco después, don Maximino, la cartera de Comunicaciones y Obras Públicas. Fue en esta época cuando se construyeron las carreteras pavimentadas de Teziutlán a

Perote y a Puebla por Libres —antes San Juan de los Llanos— y la de Nautla para entroncar por Tecolutla con la de Papantla.

El empedrado de las calles fue sustituido por concreto hidráulico; el añoso Palacio Municipal dio lugar a un magnífico edificio de cantera, se construyó el Hospital Regional y don Tirso Aguero, construyó un buen hotel, el Hotel Virreinal.

En aras de la modernización, fue reemplazado el kiosko de "estilo morisco", del que tan orgullosa estuvo la generación anterior; cayeron bajo el hacha los frondosos truenos de la plaza y emigraron los tordos.

Al cumplirse, en 1952, los cuatrocientos años de la fundación de la ciudad, la Iglesia organizó un congreso presidido por el nuevo obispo, don Luis Cabrera Cruz, al que asistieron los más altos dignatarios eclesiásticos del país en el que, además de las ceremonias religiosas, los intelectuales teziutecos, como Elenita Molina, don Luis Bello Hidalgo y el propio obispo, Sr. Cabrera, presentaron diversos trabajos sobre la historia de la ciudad. Hubo desfile de carros alegóricos y, por supuesto, abundancia de fuegos artificiales.

Sin embargo, a pesar de todas estas obras y manifestaciones, en la década de 1940 a 1950 la población había aumentado muy poco, pues apenas pasó de 12, 591 a 13,536, es decir, solamente 1,000 habitantes en diez años, muy por debajo de la tasa de crecimiento demográfico del país. Esto confirmaba la tendencia ya observada en la década anterior y la causa de este fenómeno: en las actuales circunstancias, a las que ya nos hemos referido, la razón de ser de Teziutlán como punto de enlace entre el altiplano y la costa, se ha reducido considerablemente.

Otra consecuencia del esquema económico que se había seguido es que los indígenas de los barrios que rodeaban la ciudad permane-

cieron en las mismas condiciones de vida que tenían desde tiempo inmemorial. El único cambio significativo que puede señalarse en este ámbito es la expansión de las escuelas rurales, con todas las deficiencias que padecen.

Así, aunque como ciudad se encontraba mejor que nunca, su porvenir económico era muy incierto.

Epílogo

Cancelada una organización económica que se había desarrollado a lo largo de siglos, no se veía, a mediados del siglo XX, cuál pudiera ser el porvenir de Teziutlán. Parecía destinado a quedar como un reducido centro comercial al servicio de un estrecho mercado.

Por esto llama poderosamente la atención cómo, sin reunir los requisitos necesarios, con una rapidez y una audacia sorprendentes, una nueva generación de empresarios dando un enorme salto supo insertarse en el mercado mundial.

De este modo el epílogo de esta historia viene a ser, como toda historia, el prólogo del futuro.


LLA.






LA ESTRELLA
DE ORIENTE
TEZIUTLAN. PUE.
ZÁRATE
FOT.



ENTRADA AL PARQUE
TEZIUTLAN PUE. MEX.


DE MEXICO”
Y CALZADO.
21




HOTEL VICTORIA

T. DEL F. C. I. TEZIUTLAN. PUE.


ZÁRATE
FOT.

Historia de Teziutlán
Una exploración a través de 400 años
de
Manuel Rodríguez Lapuente
se terminó de imprimir
en junio del año 2001
en los talleres de
Editorial Ducere, S.A. de C.V.,
con domicilio en Rosa Esmeralda 3 bis,
Colonia Molino de Rosas.
El diseño editorial estuvo a cargo de Ángeles López,
corrección de estilo Ricardo Escárcega.
El tiro fue de 1000 ejemplares.